

SECRETOS & MENTIRAS

Deseo y traición
HEIDI BETTS

 **HARLEQUIN™**

SECRETOS & MENTIRAS

Deseo y traición
HEIDI BETTS



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2013 Heidi Betts

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Deseo y traición, n.º 5 - noviembre 2019

Título original: Project: Runaway Heiress

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Este título fue publicado originalmente en español en 2013

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1328-754-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo Uno

Imposible. Era imposible.

Lily Zaccaro maximizó la ventana de su navegador y se aproximó aún más para examinar la foto en la pantalla del portátil. Tecleó con furia para minimizar la ventana y abrir otra.

Ventana tras ventana, la presión arterial le iba subiendo.

Volvió a teclear con rabia para poner en marcha la impresora, de la que fueron saliendo las fotos, o, como ya comenzaba a considerarlas, las pruebas.

Tomó las fotos de la bandeja y las llevó a una mesa larga y ancha, donde las colocó en fila.

El corazón le palpitaba como si hubiera corrido los cien metros lisos. Allí, frente a sus ojos, tenía la prueba de que alguien le estaba robando sus diseños.

Volvió a estudiar las fotos. Los tejidos eran distintos, desde luego, al igual que algunas líneas y cortes, pero era indudable que se trataba de sus diseños.

Para asegurarse de que no se imaginaba cosas ni se estaba volviendo loca, Lily abrió un cajón donde guardaba los esbozos de sus diseños y buscó una carpeta que llevó a la mesa.

Sacó los bocetos en los que había estado trabajando la primavera anterior y que formarían la colección de aquel otoño.

Tras un corto periodo de prueba tuvo cada esbozo situado al lado del correspondiente a su rival. El parecido le provocó náuseas.

Volvió a preguntarse cómo había podido suceder algo así.

Se devanó los sesos tratando de determinar quién podía haber visto los bocetos mientras trabajaba en ellos ¿Cuánta gente había entrado y salido del estudio? No mucha.

Zoe y Juliet, por supuesto, pero confiaba en ellas plenamente. Sus hermanas y ella compartían aquel espacio para trabajar. Las

tres habían alquilado el edificio entero en Nueva York y utilizaban uno de los pisos como vivienda, que también compartían; y el otro como lugar de trabajo de la empresa: Modas Zaccaro.

Aunque a veces se enfadaban entre ellas, o sus horarios se solaparan, lo cierto era que trabajar como socias estaba funcionando muy bien. Lily enseñaba sus bocetos a sus hermanas y les pedía su opinión; y viceversa.

Pero ni Zoe ni Juliet le robarían los bocetos ni la traicionarían de ningún otro modo. Estaba totalmente segura.

Entonces, ¿quién había sido? A veces iba gente al estudio, pero no era habitual. Cuando tenían algún asunto que resolver lo hacían en la sede de la empresa, en Manhattan, donde estaban las máquinas de coser, los empleados, un despacho para cada hermana y una pequeña tienda que esperaban ampliar muy pronto.

Ese sueño sería imposible si les robaban sus creaciones y las sacaban al mercado antes que ellas.

Recogió los bocetos y las fotos y comenzó a recorrer el estudio.

¿Qué podía hacer?

Si supiera quién era el culpable sabría qué hacer. Sin embargo, como no tenía ni idea de quién estaba detrás de aquello, no sabía por dónde empezar.

Tal vez sus hermanas pudieran sugerirle algo, pero no quería mezclarlas en aquello.

Ella era la que había ido a una escuela de diseño y la que había pedido un préstamo a sus padres para montar su propio negocio. Y aunque ellos eran muy ricos y le habían dicho que le regalarían el dinero, ella deseaba construir algo por sí misma.

Se había marchado a Nueva York para hacerse un nombre, y Zoe y Juliet habían ido después, dejando sus empleos en Connecticut.

Las dos habían supuesto una gran contribución a Modas Zaccaro. La ropa que diseñaba Lily era fabulosa, desde luego, pero los zapatos de Zoe y los bolsos y accesorios de Juliet habían hecho famosa la marca Zaccaro.

El dinero estaba en los accesorios. A las mujeres les gustaba comprarse una nueva prenda, pero también todo lo que la acompañaba. Que pudieran salir de Modas Zaccaro con todo lo

necesario para vestirse era lo que las hacía volver y recomendar la tienda a sus amigas.

Pero no estaban robando los diseños de sus hermanas, y Lily no quería que se inquietaran por su futuro.

Tenía que enfrentarse a aquello sola, al menos hasta que supiera algo de lo que sucedía. Volvió adonde estaba el portátil y se sentó en el taburete frente a él. Los dedos le vacilaron sobre el teclado, pero comenzó a escribir y, aunque no estaba segura de que lo que iba a hacer fuera lo correcto, decidió seguir su instinto.

Dos minutos después tenía la dirección de una empresa de detectives, y cinco minutos más tarde había concertado una cita para la semana siguiente. No estaba segura de lo que les pediría que hicieran, pero, tras haberla escuchado, tal vez le dieran alguna idea.

Después prosiguió buscando información sobre la empresa rival: Ashdown Abbey.

La había fundado Arthur Stratham, hacía más de un siglo, en Londres. Trabajaban en ropa deportiva y de trabajo, y aparecían en muchas revistas de moda. Tenían cincuenta tiendas en todo el mundo y sus ventas les dejaban más de diez millones de beneficios anuales.

Entonces, ¿por qué le estaban robando sus ideas?

Modas Zaccaro se hallaba en los inicios y apenas daba para ir devolviendo mensualmente el préstamo a los padres de Lily y para que sus hermanas y ella vivieran sin problemas.

La copia de los modelos procedía de la sucursal de Ashdown Abbey en Los Ángeles, por lo que Lily buscó más información sobre ella. Según la página web de la empresa, su director era Nigel Stratham, descendiente de Arthur Stratham.

Pero la sucursal de Los Ángeles solo llevaba abierta un año y medio y trabajaba de modo independiente con respecto a la empresa británica, centrándose principalmente en clientes americanos y, sobre todo, de Hollywood.

Lily entrecerró lo ojos para examinar la foto de Nigel Stratham que había aparecido en la pantalla.

Reconoció de mala gana que era guapo. Tenía el pelo castaño y lo llevaba muy corto; los pómulos altos y la mandíbula fuerte; los labios gruesos, pero no en exceso; y los ojos parecían verdes, pero era difícil saberlo por la foto.

A pesar de sus deseos de despreciarlo, Nigel Stratham tenía una sonrisa encantadora que amenazaba con lograr que las piernas dejaran de sostenerla.

Por suerte estaba sentada y era una mujer fuerte. A primera vista, desde luego, no lo hubiera considerado un ladrón.

Siguió mirando fotos y artículos sobre la empresa, pero la mayor parte se referían a la sede británica y a otras tiendas europeas.

Decidió que no podía hacer mucho más hasta ver al detective con el que se había citado. Miró la hora. Había quedado para cenar con sus hermanas en veinte minutos.

Mientras iba cerrando las diversas ventanas, algo le llamó la atención: una página con oportunidades de empleo en Ashdown Abbey (Estados Unidos), a la que ya había echado una ojeada.

Maximizó la ventana, seleccionó el enlace de más información y lo imprimió.

Se le había ocurrido una locura. Sus hermanas, por descontado, tratarían de disuadirla si se lo contaba; el detective, también, e intentaría convencerla de que dejara el asunto en sus manos por el módico precio de ¿cien, doscientos, quinientos dólares la hora?

Era mucho más sencillo que ella se introdujera en la empresa a ver qué podía averiguar. Conocía el mundo del diseño a la perfección y estaba segura de que la elegirían.

Se estremeció. Era peligroso, claro. Las cosas podían torcerse y verse metida en un buen lío.

Pero no podía desaprovechar la oportunidad. Era como si el destino le indicara el camino.

Tenía que averiguar qué sucedía, cómo había sucedido y detenerlo. Y trabajar para Ashdown Abbey era un buen modo de conseguirlo.

Bueno, no, perfecto.

Nigel Stratham necesitaba una secretaria, y ella era la persona adecuada para el puesto.

Capítulo Dos

Nigel Stratham maldijo en voz baja mientras dejaba de golpe el informe financiero trimestral de la empresa sobre la última carta de su padre, que le había hecho sentirse como un niño al que regañaban por alguna bagatela.

La carta, escrita a mano y enviada desde Inglaterra, porque así lo habían hecho siempre sus padres, y porque un correo electrónico era demasiado vulgar para su refinada educación, subrayaba que las ganancias en la sucursal norteamericana eran decepcionantes y que Nigel había fracasado al añadir otra gema a la corona de la empresa desde que lo habían nombrado presidente, hacía dieciocho meses.

A Nigel le pareció que su padre estaba allí hablando con él, con las manos detrás de la espalda y las cejas fruncidas en señal de desagrado: igual que cuando era un niño.

Sus padres siempre le exigían la perfección en todo, y él nunca la había logrado.

De todos modos, creía que un año y medio no era suficiente para asegurar el triunfo o el fracaso de una sucursal de la empresa en un nuevo país, cuando Ashdown Abbey había tardado casi un siglo en triunfar en Gran Bretaña.

Pensaba que las expectativas de su padre habían sido demasiado elevadas, pero cualquiera se lo decía.

Se recostó en el asiento, suspirando, y consideró cuánto tiempo podría posponer la respuesta a la carta antes de que su padre le enviara otra; o todavía peor, antes de que decidiera tomar un avión y plantarse en Los Ángeles para vigilar a su hijo.

¡Vaya día! Además le aterraba pensar en el asunto de la nueva secretaria.

Ya había tenido tres, jóvenes atractivas y competentes, pero faltas de dedicación.

El problema de contratar a una secretaria en Los Ángeles era, en su opinión, que las candidatas solían aspirar a ser actrices, por lo que se aburrían fácilmente o dejaban el empleo en cuanto las contrataban para hacer un anuncio; o bien aspiraban a ser diseñadoras de moda que se desesperaban cuando no conseguían triunfar con sus creaciones en menos de seis meses.

Y cada vez que una se marchaba, Nigel tenía que empezar de nuevo a formar a la siguiente.

El departamento de Recursos Humanos había contratado a la última en su lugar y le había enviado información profesional y personal de la elegida.

Antes de que tuviera ocasión de volver a leer el currículo, llamaron a la puerta del despacho. Esta se abrió y su nueva secretaria, o al menos eso fue lo que dedujo él, entró.

Era más guapa de lo que parecía en la foto. Tenía el pelo rubio oscuro y lo llevaba recogido en un moño. Iba poco maquillada y sus rasgos eran clásicos y delicados.

Llevaba gafas de montura oscura y aros dorados en las orejas. Vestía una sencilla blusa blanca, una estrecha falda negra que le llegaba por debajo de la rodilla y unos zapatos blancos y negros de tacón alto.

Iba a la moda, pero Nigel se fijó en otros aspectos de ella, como su piel de porcelana, el modo en que la blusa le marcaba los senos o el carmín oscuro de sus labios.

–Señor Stratham, soy Lillian, su nueva secretaria. Aquí tiene su café y el correo de la mañana.

Dejó la taza humeante en el posavasos de cuero del escritorio. Le había añadido un poco de crema de leche, como a él le gustaba. Y colocó el montón de cartas frente a él.

La primera impresión que le produjo a Nigel fue muy positiva.

–¿Desea algo más?

–No, gracias.

Ella asintió, dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

–Señorita George...

Ella se volvió.

–Dígame.

–¿La blusa y la falda que lleva son diseños de Ashdown Abbey?

–Ella sonrió levemente.

–Por supuesto.

Él reflexionó durante unos segundos sin atreverse a creer que su suerte estuviera cambiando. Carraspeó y le preguntó:

–No será usted actriz, ¿verdad?

Ella frunció el ceño.

–No.

–¿Ni modelo?

Ella soltó una breve risa.

–Por supuesto que no.

Él recordó algunos puntos importantes de su currículum. Era licenciada en Ciencias Empresariales y había hecho varios cursos de diseño.

–Y su interés en la industria de la moda es...

Ella replicó en tono firme.

–Estrictamente laboral, además de tener la oportunidad de conseguir nuevos diseños antes que el resto del mundo. Me gusta mucho la ropa –afirmó, y le dedicó una media sonrisa que hizo que se le formara un pequeñísimo hoyuelo en la mejilla derecha.

Nigel sonrió a su vez, casi contra su voluntad.

–Entonces está en el lugar adecuado. Los empleados tienen descuento en nuestra tienda, como ya sabrá.

–Sí, lo sé.

–Excelente –murmuró él, satisfecho de momento con su nueva secretaria.

Aunque aún no la había visto trabajar, ya había superado el primer obstáculo.

–Si todavía no lo ha hecho, mire mi agenda para la semana. Habrá algunas reuniones y eventos a los que tendrá que venir conmigo, así que preste atención a esas anotaciones. Y compruebe a menudo mi agenda, ya que suelo cambiarla sin previo aviso.

Agarró la taza y dio un sorbo. Tenía muy buen sabor, pues llevaba la cantidad exacta de crema que le gustaba.

–Muy bien.

–Gracias. Eso es todo de momento.

Ella volvió a dirigirse a la puerta y él volvió a detenerla antes de que llegara.

–El café es excelente. Espero que haga el té igual de bien.

–Lo intentaré.

Salió cerrando la puerta, y Nigel sonrió inesperadamente.

En cuanto cerró la puerta del despacho y estuvo sola, Lily se dirigió con paso vacilante a sentarse tras su escritorio.

Temblaba de pies a cabeza y el corazón se le había desbocado. Y el estómago... Le parecía estar en un barco que cabeceara en medio de una tormenta. Sería un milagro que no vomitara el desayuno.

Para evitar que sucediera, se inclinó hacia delante y puso la cabeza sobre las rodillas, ya que con aquella falda tan estrecha era imposible ponerla entre ellas.

Lillian era el mejor nombre que se le había ocurrido y al que respondería de forma natural, ya que era una mezcla de los dos suyos: Lily y Ann.

De apellido había elegido uno sencillo y que le resultara fácil de identificar: George, que fue como sus hermanas y ella llamaron al primer perro que tuvieron.

Así que Lillian George era su nuevo nombre, aunque le parecía propio de una bibliotecaria de mediana edad.

Pero parecía una bibliotecaria.

Su estilo habitual y sus propios diseños tendían hacia los colores fuertes y eran atrevidos y desenfadados.

Pero su puesto en Ashdown Abbey le impedía vestir así. Y, además, tenía que hacer todo lo posible para que no la reconocieran ni la relacionaran con Modas Zaccaro.

Esperaba que el cambio de nombre y de estilo de vestir, unido a las gafas y al hecho de haberse oscurecido el pelo, que tenía rubio, fuera suficiente para evitar que alguien de la empresa supiera quién era.

También contribuiría que Modas Zaccaro no fuera muy conocida. Sus hermanas y ella apenas habían aparecido en los medios de comunicación. Las habían fotografiado de vez en cuando y habían salido en revistas o páginas de sociedad, sobre todo por ser hijas de quien eran y por la fortuna de su familia.

Al cabo de unos minutos, el pulso de Lily recuperó la normalidad y dejó de tener arcadas. De momento estaba consiguiendo su propósito. Había superado la prueba de la aceptación de su currículum y la de la entrevista; y la de enfrentarse al presidente de la empresa, Nigel Stratham, sin que la hubieran sacado esposada del despacho.

Todo estaba yendo bien.

En Ashdown Abbey no había el ruido de fondo de voces y máquinas de coser que había en Modas Zaccaro. Pero su empresa no era tan rica como Ashdown Abbey, que tenía las oficinas y los talleres en edificios distintos.

Lily pensó que le gustaría oír el zumbido de las máquinas o la risa de sus hermanas, sobre todo en momentos como aquel, en que lo único que oía era su respiración agitada y una voz interior, aterrorizada, que le decía que estaba loca y que la iban a pillar.

Para no escucharla comenzó a recitar uno de los poemas sin sentido que había aprendido en la escuela primaria. Después se incorporó lentamente.

Nigel Stratham creía que era su nueva secretaria, así que tendría que comportarse como tal.

Acercó la silla al escritorio y comenzó a teclear frente a la pantalla del ordenador. Aunque se había familiarizado con el sistema operativo antes de entrar en el despacho de Nigel, todavía tenía mucho que aprender; por ejemplo, el plan de trabajo de su jefe para ese día.

Se sintió culpable al pensar si sus hermanas ya habrían encontrado la nota que les había dejado y respetarían sus deseos de no decirle a nadie que había desaparecido y de que no intentaran buscarla.

Les había dicho que tenía que resolver un asunto personal, les había asegurado que no correría peligro alguno y les había pedido

que confiaran en ella.

No quería que se preocuparan, pero no estaba dispuesta a decirles lo que iba a hacer. Un día se lo contaría ante una botella de vino, y lo más probable era que acabaran riéndose, pero eso sería cuando hubieran desaparecido las amenazas a su empresa.

Antes de marcharse había acudido a la cita con Reid McCormack, de la agencia de detectives McCormack, para que investigara a todos los empleados de Modas Zaccaro. Lily no creía que fuera a encontrar algo comprometedor, pero más valía prevenir que curar.

Le había dicho que se ausentaría de Nueva York durante un tiempo y que lo llamaría una vez a la semana para que la pusiera al día.

Francamente, esperaba que el detective no tuviera que darle malas noticias y que si se las daba no tuvieran relación con Modas Zaccaro.

Pero hasta que volviera a hablar con él tenía que centrar toda su energía en su nuevo empleo y en investigar por sí misma sigilosamente.

Al mirar la agenda de Nigel para ese día, comprobó aliviada que sería una jornada tranquila, ya que estaría en el despacho buena parte del día. Tenía una cita para comer y debía acudir a una conferencia por la tarde, pero ella no debía acompañarlo.

Echó un vistazo a la agenda del resto de la semana y se dijo que volvería a comprobarla cada dos horas hasta que se convirtiera en un hábito hacerlo.

Dedicó unos minutos a investigar algunos de los programas y carpetas del sistema, aunque esperaba no tener que usarlos inmediatamente. Pero como entendía de diseño, sabía cómo utilizar los programas instalados relacionados con él.

La pregunta era si le servirían para acceder a la información necesaria para localizar a quien le estaba robando los diseños.

Tal vez sí, o tal vez no: dependía de si Nigel sabía lo que estaba sucediendo.

Se preguntó si estaría involucrado.

¿Habría enviado a un espía de Ashdown Abbey a su empresa?
¿O, a pesar de haber reconocido sus diseños de la última colección

de su empresa, habría mirado hacia otro lado porque era lo más fácil y contribuiría a aumentar las ventas y el prestigio de Ashdown Abbey?

Esperaba que no. Se resistía a creer que hubiera ejecutivos que se rebajaran a esos extremos, cuando tenían un montón de diseñadores con talento.

También se resistía a creer que alguien tan guapo, con aquel maravilloso acento británico, fuera capaz de algo tan abyecto. Aunque estaba segura que personas más atractivas eran culpables de cosas peores.

Era algo que sucedía todos los días, y ella no era tan ingenua como para creer que porque un hombre fuera tremendamente atractivo y millonario no estuviera dispuesto a robar para conseguir otro par de millones.

Buscó información sobre la colección California, la colección de Ashdown Abbey que incluía buena parte de sus creaciones con ligeras modificaciones y confeccionadas en tejidos totalmente distintos.

Los ligeros vestidos veraniegos eran muy bonitos, aunque no tanto como lo hubieran sido sus diseños si hubiera tenido la oportunidad de confeccionarlos.

Examinó cada uno concienzudamente. No todos procedían de uno de sus diseños, lo cual no era ningún consuelo y podría serle perjudicial si trataba de demostrar ante un tribunal que había habido hurto.

Un buen abogado defensor podría argüir que existían similitudes entre los diseños de ambas empresas, pero que, como la colección de Ashdown Abbey incluía asimismo modelos sin parecido alguno con los de Modas Zaccaro, se trataba simplemente de un caso de coincidencia creativa.

Lily cerró la galería de fotos y abrió otros documentos de la carpeta, entre los que encontró los bocetos de los modelos definitivos de la colección California.

Eran bocetos digitales, a todo color, realizados con uno de los programas informáticos que cada día eran más populares. Lily también lo tenía en su tableta, pero prefería el lápiz y el papel.

Sin embargo, lo que atrajo su atención no fue cómo estaban hechos sino que estuvieran firmados por un equipo de diseñadores, en vez de por un solo diseñador. Debía de ser la costumbre en Ashdown Abbey.

Buscó la lista de nombres del equipo, que aparecieron con sus títulos y las colecciones anteriores que habían realizado para la empresa. Lily la imprimió.

Mientras la impresora estaba funcionando sonó el intercomunicador.

Ella inspiró profundamente y apretó el botón de la línea directa de Nigel Stratham.

—¿Sí?

—¿Puede venir un momento?

Un silencio absoluto siguió a la pregunta, por lo que Lily dedujo que su jefe había colgado sin esperar respuesta.

Agarró la lista de diseñadores de la bandeja de la impresora, la dobló varias veces y se la guardó en el bolsillo delantero de la falda, hecho lo cual se dirigió al despacho de Nigel sin saber con qué se encontraría al otro lado de la puerta. Ni siquiera sabía si debía llevar un bloc y un lápiz para tomar notas.

¿Qué llevaba una secretaria cuando la llamaba el jefe? ¿Pluma y papel? ¿Una tableta? No había tenido tiempo de echar un vistazo para ver el material del que disponía la secretaria de Nigel Stratham.

Así que entró con las manos vacías después de llamar a la puerta.

Nigel acabó de anotar algo antes de prestarle atención.

—¿Qué hace esta noche? —le preguntó.

La pregunta le resultó tan inesperada a Lily que se quedó en blanco. Y estaba segura de que la cara la tenía del mismo color.

—Deduzco que no tiene planes.

Como ella seguía sin responder, él continuó hablando.

—Voy a cenar con un diseñador al que puede que contratemos y he pensado que tal vez quiera venir con nosotros. De ese modo se irá familiarizando con lo que le exige su puesto.

Ella se limitó a responder:

—Muy bien.

Nigel asintió de modo casi imperceptible.

–Yo iré directamente desde la oficina, pero usted puede ir a casa a cambiarse, si quiere. La iré a buscar a las ocho. No olvide dejarme la dirección antes de marcharse.

Volvió a concentrarse en su trabajo, por lo que ella dedujo que no quería nada más.

–De acuerdo. Muchas gracias –dijo antes de apresurarse a salir.

Se sentó en su escritorio para analizar los últimos acontecimientos.

Por un lado tenía la lista de los diseñadores de la colección de Ashdown Abbey basada en sus diseños, lo cual era un golpe maestro para ser el primer día en territorio enemigo.

Por otro, lo que más deseaba era acabar el día sin ser descubierta. No había pensado que tuviera que hacer horas extra fuera de la oficina, y menos a solas con su jefe.

Claro que no estaría sola con él. Era una cena de negocios, así que al menos habría otra persona. Pero no dejaba de ser una situación en que se hallaría muy cerca del hombre del que dependía su futuro.

Su futuro profesional y probablemente su libertad.

Si su jefe averiguaba quién era ella en realidad y por qué estaba trabajando de incógnito en la empresa, era muy posible que acabara entre rejas. Y daría igual que dijera que él había sido el primero en cometer un delito.

Capítulo Tres

A las ocho menos cinco, Lily todavía corría por su piso tratando de terminar de arreglarse antes de que llegara Nigel.

De nada le servía acabar de mudarse y haberse llevado pocas cosas de Nueva York ni que el piso fuera simplemente un lugar para dormir, no demasiado bonito ni demasiado caro.

Nunca se hubiera imaginado que su jefe, el presidente de la compañía, decidiría pasarse por su casa a recogerla para ir a cenar.

Además no había pensado en que tendría que salir, por lo que había llenado el armario con ropa de Ashdown Abbey para ir a trabajar, pero no se había comprado nada para salir.

Se temía que su jefe había elegido un restaurante caro, y no quería desentonar ni, peor aún, que la confundieran con una empleada del local.

Había hecho lo que estaba en su mano con lo que le ofrecía su escaso guardarropa.

Llevaba otra falda negra, más corta, con una abertura en la parte de atrás, y una fina blusa azul zafiro.

Se volvió a mirar en el espejo para comprobar su aspecto. Afortunadamente, apenas se le transparentaba el sujetador. Se puso unos pendientes, un collar y zapatos de tacón abiertos por delante.

Metió el monedero, la barra de labios, las llaves y el móvil en el bolso y, por fin, estuvo lista para cuando llegara Nigel.

Acaba de tomar aire para tranquilizarse y estaba pensando en ir por última vez al servicio cuando llamaron al timbre.

La poca calma que había logrado se le evaporó y el miedo hizo que se le contrajera el estómago.

Agarró el bolso, tragó saliva y se dirigió a la puerta. Como no quería que Nigel viera el interior del piso y notara que carecía de un toque personal, lo cual desmentiría la afirmación de que llevaba

viviendo en la ciudad varios años, abrió solo una rendija e interpuso el cuerpo para evitar que él viera algo.

Salió todo lo deprisa que pudo y cerró la puerta.

Nigel la examinó de arriba abajo. Estaba tan cerca que ella olió la colonia que se había echado.

Aspiró para olerla mejor, pero se dio cuenta de lo que estaba haciendo y contuvo la respiración con la esperanza de que él no hubiera notado su indiscreción.

No era muy acertado pensar que su jefe olía bien. Le resultaba atractivo. Y lo era. Cualquiera, hombre o mujer, estaría de acuerdo. Pero eso no implicaba que tuviera añadir que olía muy bien.

Era un hombre guapo con un gusto excelente a la hora de elegir colonia, eso era todo.

Nigel volvió a mirarla a la cara.

–Está muy guapa. ¿Podemos irnos?

–Sí.

Y cuál no sería su sorpresa cuando él le ofreció el brazo. No fue un gesto romántico, sino educado. Tras unos segundos de vacilación, ella deslizó la mano en torno a su codo y avanzaron juntos por el pasillo.

¿Un americano se habría portado con tanta caballerosidad? Probablemente fuera la educación británica de Nigel. Pero a ella le gustó, tal vez demasiado.

Bajaron las cortas escaleras, en vez de esperar el ascensor. En la calle, un Bentley Mulsanne con chófer los esperaba, y él abrió la puerta para que ella subiera.

Había un ordenador abierto en el asiento, al lado de la otra puerta. Nigel la abrió, cerró el ordenador y se sentó. Dejó el portátil en el suelo, al lado de su portafolios.

Después se inclinó hacia ella para agarrar el cinturón de seguridad y abrochárselo y, al hacerlo, le rozó la cintura con el brazo, muy cerca de los senos. Ella sintió un escalofrío y calor en zonas en que no debería sentirlo. Tragó saliva y se quedó quieta.

Nigel, por supuesto, no se había dado cuenta de la reacción que había originado su inocente gesto.

Ella se humedeció los labios y trató de sonreír.

–Gracias –dijo mientras tiraba del cinturón–. Parece que va a hacer horas extra –añadió, aliviada porque su voz sonaba firme y normal.

Él se recostó en el asiento y suspiró.

–No hay horas extra en este puesto. Trabajo todo el día.

Lily sabía a lo que se refería. Ella había trabajado veinticuatro horas al día, los siete días de la semana, para montar Modas Zaccaro, y cuando llegaron sus hermanas se esforzaron al máximo, las tres, para que la empresa comenzara a funcionar.

–Esta noche –dijo Nigel con su encantador acento– cenaremos con un diseñador que quiere dejar Vincenze por un puesto mejor en Ashdown Abbey.

Lily se quedó pasmada.

Vincenze era una firma enorme y multimillonaria, de gran prestigio. Si ella no tuviera su propia empresa, le hubiera entusiasmado tener la posibilidad de trabajar allí.

Y, sin embargo, iban a cenar con alguien que quería dejarla por Ashdown Abbey, lo cual no implicaba que esta fuera peor que aquella, ni mucho menos. Eran empresas similares en éxito y prestigio, pero sus diseños diferían completamente.

Lily trató de centrarse en el trabajo que se suponía que debía hacer en vez de divagar sobre el suyo propio.

–No sé cuál va a ser mi papel esta noche.

–Limítese a escuchar. Así irá aprendiendo.

Se volvió hacia ella y le sonrió.

–Para serle sincero, le he pedido que venga conmigo para no estar a solas con este tipo. Las cenas de negocios a veces son muy aburridas, sobre todo cuando el posible empleado me obsequia con la larga lista de sus capacidades.

Lily le devolvió la sonrisa. La industria de la moda estaba repleta de personas con un enorme ego. No creía ser una de ellas, pero se necesitaba saber venderse.

–Podíamos concertar una señal y algunos temas para hablar –propuso–. Así, si las cosas se ponen feas, puede hacerme la señal y yo comenzaré a hablar del calentamiento global.

La sonrisa de Nigel se hizo más ancha.

–¿El calentamiento global? –preguntó en tono divertido.

–Es un tema muy importante. Estoy segura de poder estar hablando una hora sobre él, si es necesario.

El asintió varias veces.

–Podría ser útil –afirmó con los labios fruncidos para no reírse.

–Me parece que sí.

–¿Qué señal propone que usemos?

–Se puede tocar el lóbulo de la oreja; o darme un puntapié por debajo de la mesa; o podemos emplear una palabra clave.

–Una palabra clave –repitió él–. Esto comienza a parecerse a una película de James Bond.

Ella pensó que era muy adecuado, ya que Nigel le recordaba al agente 007, aunque debía de ser por el acento.

Fingiendo una despreocupación que no sentía se encogió de hombros.

–Si prefiere tener que aguantar a nuestro acompañante durante horas, usted mismo.

Se hizo un largo silencio, y la ansiedad de Lily aumentó.

Tal vez se hubiera excedido, ya que solo llevaba doce horas trabajando para Nigel Stratham. Era muy poco tiempo para comenzar a dar su opinión y decirle lo que debía hacer.

Y para colmo, él había mencionado a James Bond cuando, técnicamente hablando, ella era una espía en su empresa.

–Estoy totalmente de acuerdo en que necesitamos un plan de escape –dijo por fin Nigel–. ¿Qué le parece si le pregunto por un supuesto dolor de cabeza que haya tenido antes? Me dice que el dolor ha vuelto y que quiere irse a casa a descansar.

–Muy bien –ella, desde luego, sabía más de jaquecas que del calentamiento global.

–Y si es usted la que se aburre, pregúnteme si quiero otro martini. Le diré que no y que tenemos que irnos porque tengo una cita mañana temprano.

–¿Beberá martini?

–Sí, y así tendremos una excusa para marcharnos pronto.

–Aún no hemos llegado y ya estamos pensando en cómo marcharnos en cuanto acabemos de cenar.

–Porque se trata de una aburrida cena de negocios. Si tuviéramos una cita, estaría buscando excusas para que la velada se prolongara y usted no se marchara después del postre.

A Lily se le detuvo el corazón durante unos segundos y la invadió una oleada de calor. No era eso lo que esperaba que su jefe le dijera. No era el comentario que un jefe hace a una empleada.

Y ya se lo estaba imaginando: una cita para cenar con Nigel en vez de una cena de negocios. Una mesa con velas, una conversación en voz baja flirteando, encaminada hacia algo más serio e íntimo.

El calor que sentía aumentó. Y cuando se imaginó que él ponía la mano sobre la suya encima del mantel estuvo a punto de sobresaltarse, tan real le pareció.

Por suerte, Nigel no notó nada porque el coche estaba disminuyendo la velocidad y él se estaba ajustando la corbata y los gemelos.

Cuando el vehículo se detuvo, él la miró y sonrió.

–¿Lista?

Ella asintió. Él desmontó y fue a abrirla la puerta para que ella hiciera lo propio. Lily dejó que la tomara del brazo al bajar. El chófer hizo un gesto de despedida con la cabeza mientras cerraba la puerta y volvía al asiento del conductor.

Lily observó que estaban en el restaurante Trattoria. A pesar de no ser de Los Ángeles, reconoció el nombre del elegante restaurante de cinco tenedores, con una lista de espera de tres meses.

A no ser que se tratara de alguien como Nigel Stratham.

Ella había cenado en restaurantes lujosos con su familia. Pero llevaba años sin hacerlo.

Además, se suponía que no era una heredera rica, lo que implicaba no estar acostumbrada a comidas de siete platos, cubertería de plata y restaurantes como aquel.

Tendría que comportarse como si no se hallara en su elemento para no despertar sospechas.

Cuando entraron, el metre, vestido de esmoquin, salió a su encuentro y, después de que Nigel le dijera su nombre, los condujo

al comedor. Se detuvo al fondo de la sala, ante una mesa para cuatro a la que ya había un hombre sentado.

Nigel sacó una de las sillas para Lily al tiempo que el hombre se levantaba. Era joven, de veintitantos años, de pelo oscuro, y llevaba un traje caro.

–Señor Stratham –dijo tendiéndole la mano.

Nigel esperó a que ella estuviera sentada para estrechársela.

–Gracias por venir.

Nigel los presentó.

–Lillian, este es Harrison Klein. Señor Klein, Lillian George, mi secretaria.

–Mucho gusto –dijo Harrison dándole la mano.

El camarero les trajo la carta y tomó nota de las bebidas. Nigel, según lo convenido, pidió un martini.

Al poco rato les trajeron el primer plato y charlaron de cosas intrascendentes mientras cenaban. Nigel preguntó a Harrison por sus estudios y por su trabajo en Vincenze.

A Lily le resultaba extraño estar cenando con otro diseñador y con el presidente de una de las firmas británicas más importantes y tener que permanecer callada. Varias veces tuvo que morderse la lengua para no intervenir en la conversación.

Así que se entretuvo bebiendo vino y examinando el diseño de los trajes de ambos hombres.

Cuando hubieron acabado de cenar pidieron café.

–¿Vemos su carpeta de trabajos? –preguntó Nigel a Harrison.

Este tragó saliva con nerviosismo antes de inclinarse y agarrar la carpeta que estaba en el suelo, al lado de la silla. Se la entregó a Nigel y esperó.

A Lily se le aceleró levemente el pulso, ya que aquel era un momento muy tenso para un diseñador. Y volvió a preguntarse por qué querría marcharse alguien de una empresa de prestigio.

Para ella hubiera sido más fácil buscar empleo en una compañía en vez de tratar de montar su propia empresa, pues hubiera aprendido de personas expertas y hubiera evitado los escollos con los que se había ido encontrando en su aventura individual.

La tensión aumentó mientras Nigel examinaba la carpeta con atención. Al cabo de unos minutos la cerró y se la devolvió a Harrison.

–Está muy bien, gracias.

La expresión del diseñador le indicó a Lily que había esperado una respuesta más entusiasta. Casi sintió lástima de él.

–Creo que por hoy hemos terminado –prosiguió Nigel–. Tenemos su currículum, así que ya nos pondremos en contacto con usted.

Harrison puso cara larga, pero se recuperó de inmediato.

–Muy bien, muchas gracias.

Se estrecharon la mano para dar por terminada la reunión, pero Lily no pudo evitar intervenir.

–¿Está seguro de que no quiere otro martini?

Nigel la miró con una media sonrisa.

–No, gracias, ya he bebido bastante. Será mejor que nos vayamos, ya que mañana tengo una reunión a primera hora.

Ella reprimió una sonrisa y asintió. Los tres se levantaron, salieron del restaurante y se despidieron.

El coche de Nigel tardó unos minutos en llegar, pero no hablaron hasta que estuvieron dentro.

–Y bien –dijo él girándose en el asiento para verla mejor–. ¿Qué le ha parecido?

Lily, sobresaltada por la pregunta, tragó saliva.

–¿El qué?

–El señor Klein, la entrevista, los diseños.

Lily tenía una opinión al respecto, desde luego, pero ¿debía decírsela teniendo en cuenta que era su secretaria? ¿Y si hablaba en exceso y daba a entender que sabía demasiado para el puesto que tenía?

–No se preocupe, puede hablar con entera libertad. Quiero su opinión sincera. No significa que vaya a hacerle caso, pero la escucharé. Y lo que diga no tendrá consecuencia alguna en su puesto en la empresa, se lo prometo.

Ella se encogió de hombros.

–Tiene talento, desde luego.

–¿Pero...?

–No hay ningún pero. Tiene mucho talento.

Nigel pareció taladrarla con la mirada.

–Muy bien –dijo ella suspirando–. Tiene mucho talento, pero no creo que sus diseños sean adecuados para Ashdown Abbey.

–¿Por qué no?

–Porque son demasiado urbanos para el estilo de la empresa. Por eso ha tenido éxito en Vincenze, que es una firma americana con un estilo urbano y deportivo. Pero Ashdown Abbey es británica y tiene fama de fabricar prendas más profesionales y cuidadas.

Se detuvo esperando no haberse pasado de la raya.

–A no ser que quieran cambiar de línea.

Nigel siguió mirándola en silencio con expresión indescifrable. Por fin sonrió y se le iluminaron los ojos.

–No, no tenemos intención de hacerlo. Sus palabras han dado en el clavo. Era lo mismo que he pensado al ojear los bocetos.

Lily se quedó perpleja al escucharlo, sorprendida y encantada a la vez, ya que podía haberlo echado todo a perder.

Pero ella había solicitado el puesto dejando claros sus conocimientos. Con tal de que no se descubriera su verdadera personalidad ni sus motivos, ¿por qué no iba demostrarlos?

–Tal vez acabe alegrándose de haberme contratado.

Él le lanzó una mirada penetrante y le dijo con su profunda voz y aquel acento que la derretía:

–Creo que ya lo he hecho.

Capítulo Cuatro

Aunque Lily insistió en que no era necesario, Nigel la acompañó hasta la puerta del piso. Era lo menos que podía hacer tras haberle quitado tanto tiempo libre.

En realidad, no hubiera necesitado que lo acompañara al restaurante. Era la primera vez que le pedía a una secretaria que fuera a cenar con él, aunque la cena fuera de negocios.

No sabía con certeza por qué lo había hecho, tal vez para comprobar lo que ella valía, ya que era nueva en el trabajo. En la oficina le había causado muy buena impresión, pero quería verla fuera de allí, en una situación más comprometida desde el punto de vista laboral, para observar cómo se desenvolvía.

Así se lo explicaba a sí mismo y se lo explicaría a otros si le preguntaran.

La verdad era que quería seguir disfrutando de su compañía.

Era muy atractiva, algo en lo que no debiera haberse fijado. Pero era un hombre, y era difícil no darse cuenta.

Había despertado su curiosidad, por lo que decidió estudiarla más de cerca y durante algo más de tiempo.

Presionarla para que fuera a cenar con él tal vez no hubiera sido una decisión muy acertada, pero había resultado muy esclarecedora.

Lillian George no solo era guapa, sino inteligente. En el trayecto de ida al restaurante se había mostrado ingeniosa y encantadora, aunque, en su opinión, algo nerviosa al principio.

Durante la cena había sido la acompañante perfecta. Sabía cuándo hablar y cuándo quedarse callada.

Se preguntó, y no era la primera vez, cómo se comportaría en una cena que no fuera de negocios.

No debiera divagar de ese modo. Lo sabía, pero no podía evitarlo. Hubiera sido muy agradable centrar toda su atención únicamente en ella durante la cena y hablar de temas personales y no de negocios.

¿Cuánto tiempo hacía que no llevaba a una mujer a cenar?

Desde lo de Caroline.

¿Y cuánto hacía que salía con una mujer que no estuviera relacionada con la empresa familiar?

Era verdad que Caroline no lo estaba cuando se conocieron, pero era una modelo americana dispuesta a acostarse con quien fuera para abrirse camino en las pasarelas, sobre todo en las británicas, y conseguir fama internacional.

Y las modelos con las que ocasionalmente se relacionaba no contaban.

En realidad, tampoco contaba lo de aquella noche, aunque parte de él deseaba que lo hiciera.

Se detuvieron ante la puerta del piso de Lily. Ella introdujo la llave en la cerradura y la giró, pero no abrió la puerta, sino que se volvió a mirarlo con la mano en el picaporte.

–Gracias. Lo he pasado muy bien.

–¿A pesar de haberla obligado a venir como mi secretaria?

Ella le sonrió.

–A pesar de eso. Le agradezco la oportunidad de haber estado presente en una de sus reuniones. Y también le agradezco que me haya pedido la opinión sobre el trabajo de Harrison Klein. No tenía por qué hacerlo teniendo en cuenta que solo llevo un día trabajando para usted.

–Por eso se lo he preguntado. Quería saber de qué pasta está hecha, y me ha parecido que esa era la forma más rápida de averiguarlo.

–¿Así que he aprobado el examen?

–Con matrícula de honor –respondió él sin vacilar.

–Supongo que entonces sigo teniendo el empleo y que deberé presentarme mañana por la mañana.

–Por supuesto. Si sigue trabajando así, tal vez la ascienda a vicepresidenta de la empresa.

–Seguro que el actual vicepresidente estará encantado de saberlo.

Nigel se encogió de hombros.

–Es mi tío, un viejo gruñón que se jubilará pronto.

Lily se echó a reír, un poco nerviosa.

Él se preguntó si lo estaba por ser la nueva secretaria y estar hablando con su jefe o por ser una mujer que estaba muy cerca de un hombre sin nadie alrededor.

Al darse cuenta de que estaba bordeando peligrosamente la línea que separaba lo profesional de lo personal, Nigel carraspeó.

–Bueno –murmuró– la dejo que vaya a acostarse puesto que mañana tiene que levantarse temprano. Gracias de nuevo por haberme acompañado.

–Gracias por la deliciosa cena. Ha sido un placer sentarse en Trattoria y pedir algo que no fuera un vaso de agua del grifo con una rodaja de limón.

El río. No se le había ocurrido que el restaurante de su elección estuviera muy alejado de los lugares que frecuentaba Lillian. Pero, evidentemente, Trattoria era demasiado caro para el sueldo de una secretaria.

–Me alegro de que le haya gustado. Buenas noches.

Le puso las manos en los antebrazos, se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla. Fue un beso rápido e inocente, pero Nigel deseó que hubiera sido más largo y no tan inocente.

Juliet Zaccaro recorría una y otra vez el salón del piso que compartía con sus dos hermanas.

–No sé por qué te preocupas tanto –dijo Zoe, su hermana menor, sentada en una esquina del sofá. Estaba aburrida, y le preocupaba más hacerse la manicura que el bienestar de su hermana mediana.

–¿Cómo me dices eso? –le reprochó Juliet–. Hace una semana que Lily desapareció.

–Nos dejó una nota en la que decía que no nos preocupáramos ni la buscáramos. Es evidente que sabe lo que hace y que necesitaba alejarse de aquí durante cierto tiempo.

–Me da igual. No es propio de ella. ¿Y si le ha pasado algo?

–Si le hubiera pasado algo nos lo diría. No sería la primera vez que nos pide ayuda.

Juliet frunció el ceño. No le hacía gracia que Zoe, la más joven, frívola y egoísta de las hermanas Zaccaro, fuera también la más sensata.

–No nos hará ningún mal buscarla y preguntarle si todo va bien.

Comenzó a dar vueltas, distraídamente, a la alianza de compromiso que llevaba en el anular. ¿Adónde habría ido Lily? ¿Por qué había huido? No era propio de su hermana desaparecer sin dar explicaciones o dejando una nota críptica.

Aunque Juliet fuera la mayor de las hermanas y, según el tópico, la más responsable, Lily no era una rubia de cerebro hueco. Había montado una empresa y había insistido en que sus hermanas fueran sus socias.

Juliet y Zoe la ayudaban en lo que podían, pero Zoe se distraía con facilidad y no sabían si amanecería con la mente despejada y deseosa de poner manos a la obra o las llamaría desde Las Vegas para decirles que había conocido a un tipo y que tardaría un par de semanas en volver.

Y Juliet no daba abasto. Además de diseñar bolsos y accesorios para Modas Zaccaro, tenía que organizar su boda y tener contento a su prometido, que a veces estaba irritable y era muy exigente. Aún no se lo había dicho a Lily, pero Paul la estaba presionando mucho para que volviera a Connecticut después del viaje de novios. Cuando le había pedido que se casaran le había parecido bien que viviera en Nueva York, donde ya llevaba un año, y había dado a entender que estaba dispuesto a apoyarla y a mudarse también él allí.

Después de que ella aceptara su proposición de matrimonio, las cosas comenzaron a cambiar, lo cual la preocupaba y molestaba. Pero ya habían fijado la fecha de la boda, reservado el local, encargado el banquete, elegido las flores... ¿Cómo iba a echarse atrás porque le había entrado miedo?

Se repetía que se le pasaría.

Se dirigió a la cocina y abrió un cajón del que sacó la guía de teléfonos de Manhattan y buscó en las páginas amarillas la lista de agencias de detectives. Tal vez uno de ellos consiguiera averiguar lo que le había pasado a Lily. Ella no sabía dónde buscarla ni a quién llamar para preguntarle por su paradero.

Una tarjeta se cayó de entre las páginas. Juliet la recogió y la leyó: «McCormack. Agencia de detectives. Particulares y empresas».

No sabía de dónde procedía la tarjeta, pero llevándola consigo volvió al salón, lanzó una mirada de desagrado a Zoe, que leía el último número de *Elle* y masculló:

–Voy a mi habitación.

Su hermana, suspirando de manera exagerada, cerró la revista y la dejó en la mesa de centro.

–Vale. Voy a trabajar un rato en el estudio. Si quieres que salgamos a cenar, dímelo.

Juliet esperó a que se hubiera marchado para sacar el móvil y marcar el número de la agencia de detectives McCormack.

Después de explicarle a la recepcionista, sin entrar en muchos detalles, su problema, esta apuntó su nombre y su número de teléfono y le prometió que se pondrían en contacto con ella lo antes posible.

Juliet hubiera preferido hablar con un detective inmediatamente o que le hubieran dado una cita para la mañana siguiente, pero sabía que su caso no constituía una emergencia, al menos en aquel momento.

Y esperaba que no llegara a serlo; la idea de que algo pudiera sucederle a su hermana le helaba la sangre.

Pensó que debería ir al estudio a trabajar con Zoe para dejar de pensar en Lily y en el móvil, que tenía en la mano y no sonaba, a pesar de que ya habían pasado cinco minutos desde su llamada.

En lugar de eso, se puso de nuevo a recorrer el salón. Los cinco minutos se convirtieron en treinta, soltó un bufido y se dejó caer en el sofá. Cuando el móvil por fin sonó, se sobresaltó.

–Dígame.

–¿La señorita Zaccaro?

–Sí.

–Soy Reid McCormack, de la agencia de detectives. Me han dicho que su hermana ha desaparecido y que quiere que la localicemos.

–Sí –repitió ella.

–Sabe que es una persona adulta y que puede marcharse de la ciudad sin decir a nadie adónde va.

A Juliet le rechinaron los dientes.

–Sí.

–Y si ha dejado una nota.... Porque ha dejado una nota, ¿verdad?

–Sí –repitió Juliet.

–Si ha dejado una nota, no se puede considerar que haya desaparecido. La policía le diría que esperase a ver si tenía noticias tuyas.

Llena de frustración, Juliet murmuró:

–Entiendo.

–¿Por qué no se pasa por aquí mañana a las once? No le prometo nada, pero hablaremos.

Juliet se sintió mareada. ¿Lo había oído bien? Carraspeó, tragó saliva y dijo:

–¿Cómo?

–Venga mañana –repitió él pacientemente– y hablaremos.

–De acuerdo, gracias.

–Entonces, hasta mañana –murmuró el detective.

Después de despedirse, dejó el teléfono en la mesita y fue a su habitación. ¿Qué se ponía una para ir a ver a un detective privado? Los únicos detectives a los que conocía eran los de las series de televisión y los de las novelas policíacas.

Gracias a su trabajo, en su guardarropa había montones de prendas para elegir. Seguro que se le ocurriría una buena combinación.

Capítulo Cinco

A la mañana siguiente, Lily llegó temprano a Ashdown Abbey, pero su trabajo le costó. Cuando le sonó el despertador solo había dormido cuatro horas.

Después de tomarse la tercera taza de café desde su llegada, se sentó en su escritorio dispuesta a mostrarse tranquila cuando Nigel saliera del ascensor.

Después de despedirse de él y de entrar en su casa, fue al dormitorio, se puso el pijama y volvió al salón con toda la información que había obtenido de Ashdown Abbey.

Se puso a estudiarla con calma y determinación, a pesar del estado de confusión en que se hallaba y de los sentimientos encontrados de que era presa.

No estaba en Los Ángeles para que se le alteraran las hormonas por estar cerca de un inglés guapo y encantador. ¡Por favor! ¡Se suponía que era su enemigo!

Pero las hormonas se le habían disparado y habían logrado que se apartara del camino que tan bien había planeado.

Nigel no solo era atractivo. Ella había conocido otros hombres guapos, había trabajado con ellos y había salido, e incluso se había acostado, con algunos.

Ser guapo estaba muy bien, pero ella no era tan débil como para volverse idiota ante un hombre atractivo con acento inglés.

Nigel tenía algo más que le aceleraba el pulso y la mareaba.

En realidad le caía bien, a pesar de sus ideas preconcebidas de cómo sería: un rico presidente de una compañía dispuesto a robar ideas ajenas para progresar.

Pero ¿le pediría un ladrón de ese tipo su opinión sobre algo tan importante como contratar a una persona, y la escucharía? ¿La

elogiaría por su perspicacia y la acompañaría a la puerta de su casa al final?

Lo peor de todo había sido el beso, un simple beso en la mejilla igual que el que le habían dado muchas veces sus amigos o familiares.

Pero había sido distinto.

A cualquiera que hubiera visto la escena le hubiera parecido lo que era: un amistoso beso de despedida, un beso de agradecimiento por la velada que un amigo daba a otro o, en aquel caso, de un hombre que acababa de conocer a una mujer.

Pero, a ella, un beso en la mejilla nunca le había subido la temperatura ni había hecho que el corazón se le desbocara. Y eso le había sucedido simplemente por un leve roce de sus labios en la piel.

Había supuesto que él se apartaría inmediatamente, pero no lo hizo. Mantuvo los labios en su piel el tiempo suficiente para no crear una situación embarazosa, pero sí para que ella sintiera que se derretía y contuviera la respiración hasta temer que le diera un mareo por falta de oxígeno.

Entonces, él se había apartado y la había mirado con tanta intensidad que Lily se estremeció.

Tras murmurar una despedida, se había marchado, pero los efectos secundarios del beso permanecieron durante toda la noche y a la mañana siguiente.

Ella juraría que aún sentía el roce de sus labios en la mejilla.

Dio un gran sorbo de café y se dijo que tenía que dejarse de tonterías y recobrar la compostura antes de que Nigel llegase.

Pensando en aquel beso y en sus posibles significados se había pasado media noche despierta. Y no quería que la distrajera también de día, sobre todo porque tenía cosas mucho más importantes que hacer.

La primera: fingir que era la perfecta secretaria; la segunda, seguir buscando información sobre el robo de sus diseños.

Había examinado toda la información de que disponía la noche anterior, antes de caer rendida en la cama, pero era incapaz de

recordar casi nada. Tendría que repasarla, probablemente un par de veces, cuando volviera a casa.

Oyó el zumbido del ascensor y las puertas que se abrían. Respiró hondo, irguió la espalda y comenzó a escribir para parecer ocupada.

Nigel vio a Lillian en cuanto salió del ascensor. Estaba más guapa si cabía que la noche anterior, tal vez porque él sentía debilidad por las bibliotecarias atractivas.

Llevaba el pelo recogido en un moño, gafas de montura oscura y muy pocas joyas. Una blusa roja revelaba la piel blanca de su escote lo bastante como para despertar la libido masculina.

Como estaba sentada en el escritorio, Nigel no pudo ver lo que llevaba puesto de cintura para abajo, pero imaginó que sería algo ajustado que le realzara las nalgas y las piernas. Además se la imaginó sentada en el borde del escritorio, con las piernas cruzadas y un zapato colgándole de un pie mientras mordisqueaba seductoramente un bolígrafo.

Una traviesa bibliotecaria, en efecto; o más bien, una secretaria. Había estado pensando en ella toda la noche.

Una aventura con su secretaria era una mala idea en general, al igual que los pensamientos poco caballerosos que ella le inspiraba.

Había tardado mucho tiempo en dormirse pensando en la cena y en el beso de despedida.

Pensar en aquel simple beso en la mejilla le había provocado una avalancha de otros pensamientos e imágenes poco adecuados.

Lilian sentada en el borde del escritorio había sido la primera de una serie de fantasías eróticas que había imaginado durante la madrugada, como la de empujarla contra la puerta de su piso y besarla de verdad, en la boca, con los labios y la lengua y una pasión desatada.

O como la de entrar en su piso y poseerla sobre cualquier superficie plana con la que toparan: una mesa, una encimera, un sofá... o el suelo.

O como la de llevársela con él a casa y hacerle el amor en su cama.

La que más lo había excitado había sido verla entrar en su despacho con el pretexto de preguntarle algo sobre el trabajo y quitarle las gafas, quitarle las horquillas del pelo y poseerla como un loco encima del escritorio.

Esta fantasía recurrente hizo que le resultara muy incómodo salvar la distancia entre el ascensor y el despacho. Ella alzó la cabeza al acercársele y él rogó que no notara su excitación debajo de la cremallera de sus limpios y bien planchados pantalones.

–Buenos días –dijo ella.

Él fingió no darse cuenta de que la sonrisa de ella era forzada, ya que no era la única que se sentía violenta e incómoda por lo que había sucedido la noche anterior.

–Buenos días –respondió él evitando mirarla a los ojos mientras agarraba el correo que había en una esquina del escritorio y le echaba un vistazo.

–¿Quiere un café? –preguntó ella.

–No, gracias.

Ella dejó de sonreír y sus ojos azules mostraron inseguridad.

Nigel suspiró. Se estaba portando como un imbécil. No era culpa de ella que apenas hubiera dormido ni que se hubiera levantado de mal humor.

–Pero me vendría bien una taza de té –afirmó en un tono mucho más amable.

Ella asintió, se levantó y rodeó el escritorio para dirigirse a la pequeña cocina situada en uno de los extremos de la recepción.

Él la observó. Llevaba una falda negra y corta, que se le ajustaba a las nalgas y permitía verle mejor las largas piernas, todo lo cual no contribuyó a disminuir la excitación de Nigel. Lo único que le serviría sería mantenerse a distancia... o quedarse ciego.

Como lo segundo no tenía muchas probabilidades de suceder, optó por lo primero. Con la correspondencia en la mano, entró en su despacho y se sentó tras el escritorio.

Lillian apareció con un completo servicio de té. Nigel se recostó en la silla y esperó a que ella dejara la bandeja en el borde del escritorio y le sirviera el té de la tetera, sobre la que había depositado un colador de acero inoxidable.

–¡Qué sorpresa!

Ella alzó la vista y le dirigió una mirada interrogativa.

–Me esperaba algo más sencillo –explicó él–. ¿A los americanos no les gusta el té en bolsitas?

–Sí, mucho, probablemente porque es más fácil que preparar todo esto. Pero sé que los ingleses eran muy especiales para el té y que creían que los americanos éramos incapaces de prepararlo como es debido aunque nos vaya en ello la vida.

–Parece que somos un pueblo de estirados y engreídos –sonrió. Lillian rio.

–Eso lo ha dicho usted, no yo –respondió mientras le daba la taza y el platito.

–He buscado en Internet cómo preparar una taza de verdadero té inglés. Espero que al menos tenga en cuenta que lo he intentado.

Hizo un gesto hacia la bandeja.

–Aquí tiene leche, azúcar y limón. No sé cómo le gusta el té.

–Si este está tan bueno como parece, puede que hasta le dé una bonificación. Para futuras ocasiones, me gusta tal cual, así que el resto no es necesario.

–Entonces, ¿por qué hay un servicio completo de té en la cocina? Él reprimió una sonrisa.

–Lo compré así. Desde que era niño, mi madre siempre ha usado un servicio completo, por lo que no se me ocurrió que solo necesitaría la tetera, las tazas y los platitos.

Ella lanzó un bufido mientras se sentaba en una de las sillas situadas frente al escritorio y cruzaba las piernas. La falda se le levantó y reveló unos centímetros de sus piernas, cubiertas por unas medias.

Él se las miró, aunque sabía que no debía hacerlo, pero le resultó imposible apartar la vista hasta estar satisfecho.

Se humedeció los labios reseco, tragó saliva y volvió a mirarla a la cara.

–Siento no haberme expresado con claridad.

–Pero me he preocupado de preparárselo bien, y ahora resulta que hubiera bastado con echar una bolsita de té en una taza de agua caliente –respondió ella, todavía molesta.

–Entiendo. Es culpa mía. De ahora en adelante, hágalo así. Aunque no sea la forma en que prefiero tomarme el té, me lo merezco.

Ella lo miró fijamente a los ojos durante unos segundos.

–No es usted como me esperaba –dijo por fin.

Él se quedó sorprendido de su audacia.

–¿Y eso?

–Pensé que sería más exigente, autoritario incluso; que se pasaría el día gritando e insultando a los demás.

Nigel se echó a reír sin poderlo evitar.

–Por muy enfadado que esté, nunca insulto a nadie.

–Eso está bien. Creo que no le gustaría mi forma de reaccionar si lo hiciera conmigo.

–Me lo imagino –aseguró él. Pero era verdad que no perdía los estribos, por lo que ella podía estar tranquila a ese respecto.

–Usted tampoco es como me la esperaba –le confesó. Y de inmediato se arrepintió de haberlo dicho. No era propio de él hacer ese tipo de confidencias, y mucho menos cuando hacía tan poco que se conocían.

–¿Creía que me estaría calladita, sería más dócil y estaría ansiosa de complacerlo?

Él soltó una carcajada ante semejante descripción. Aunque era verdad que había tratado de complacerlo en los dos días que llevaba con él, sospechaba que no era algo habitual en ella.

Con respecto a estarse callada y ser dócil, le parecía inimaginable en ella.

–No, en absoluto. Teniendo en cuenta las otras secretarias que he tenido pensé que usted sería joven, que tendría el cerebro hueco y que lo único que le preocuparía sería arreglarse y convertirse en modelo o en diseñadora de modas de mucho éxito; y que no solo sería incapaz de prepararme un té como es debido, sino que tampoco se tomaría en serio sus responsabilidades ni sería capaz de hacer aquello para lo que se la había contratado.

Ella meditó sobre lo que le acababa de decir durante unos segundos, y después miró la taza, que seguía en el escritorio frente a él.

–No ha probado el té. ¿Cómo sabe que se lo he preparado como es debido?

Él no se molestó en contestarle, simplemente se llevó la taza a los labios y dio un largo trago. Volvió a dejarla en el escritorio y dijo:

–Excelente. Sería mejor que me lo hubiera bebido cuando estaba ardiendo, pero, de todos modos, está excelente.

–Es culpa suya no habérselo bebido antes –le espetó ella, sin ningún miedo a hablarle así a su jefe, que no era un jefe cualquiera, sino el presidente de la empresa.

¿Por qué a él le resultaba divertido? ¿Divertido y excitante?

Verla, pensar en ella y saber que estaría al otro lado de la puerta ocho horas al día lo excitaba enormemente.

Tuvo ganas de levantarse, acercarse a ella y besarla porque sí.

Bueno, porque sí y para averiguar si sabía tan bien como se imaginaba. De repente tuvo unas enormes ganas de averiguarlo.

Se llevó de nuevo la taza a los labios y se bebió el resto del té de un trago en un intento de que disminuyera el intenso calor que sentía y que le producía gotitas de sudor en la frente.

–Así que –comentó para llenar un silencio cada vez más incómodo– sabe preparar un buen té y sabe de diseño, a juzgar por la conversación de anoche. Creo que no me equivoco si le digo que ha sobrepasado la capacidad de todas mis anteriores secretarías juntas.

–Me lo tomo como un cumplido –replicó ella con una radiante sonrisa.

–Lo es.

–Entonces, ¿tendré una bonificación en mi primer sueldo?

–Ya veremos. Siga así y no tendré problema alguno en recompensarla económicamente. Pero solo lleva aquí dos días. Necesito más tiempo para ver cómo trabaja, antes de hacerle promesas.

Ella se encogió de hombros.

–No dirá que no lo he intentado.

Nigel soltó otra carcajada.

–Desde luego que no. Y puede ganarse algún extra si me trae otra taza de té antes de bajar a la cuarta planta para comprobar

cómo van las cosas. Tenemos un desfile especial dentro de dos semanas y quiero estar seguro de que todo está en orden.

–Lo haré con mucho gusto, pero ¿no es algo que debería hacer usted? No sé si tengo los conocimientos suficientes para juzgar si todo va bien.

–Lo hará estupendamente. El jefe del equipo de diseño le dirá lo que se ha hecho hasta ahora y lo que falta. Después me informa de ello, y si algo me parece mal, seré yo quien baje.

–Haré lo que esté en mi mano. Será divertido visitar la planta de diseño. No conozco ninguna –observó ella desviando la mirada.

–Tarde lo que quiera. Es fascinante ver trabajar a los diseñadores. Ella asintió mientras recogía la bandeja.

–Primero el té –dijo antes de salir–. Después bajaré a espiar a sus empleados.

Capítulo Seis

Lily sabía que no había que juzgar apresuradamente a los demás. La primera impresión podía llevar a creer que alguien era maravilloso, simpático y digno de confianza, y más adelante se descubría que no era así; otras veces, ocurría lo contrario: alguien empezaba cayéndote mal, pero luego descubríais aspectos ocultos de su personalidad y se convertía en un buen amigo.

Por tanto, que Nigel le resultara, en los dos días que hacía que se conocían, cada vez más guapo, encantador y atractivo podía traducirse en un desengaño final.

Al principio creyó que sería un ladrón sin ningún tipo de ética en los negocios. ¿Se había equivocado de cabo a rabo? ¿O la estaban cegando su atractivo y su dulce acento?

Había supuesto que, nada más empezar a trabajar para el presidente de Ashdown Abbey, encontraría pruebas que corroborarían la idea de que este estaba implicado en el robo de sus diseños.

Pero no había hallado nada. El examen de los archivos de Nigel y de los de sus anteriores secretarías no había dado resultado, salvo, en todo caso, el de disminuir la seguridad en que estaba implicado.

Pero el robo se había cometido, así que las pruebas tenían que estar en algún sitio.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta.

Lily había mentido a Nigel al decirle que nunca había visto un taller de diseño. A veces le parecía que vivía en uno, sobre todo cuando estaba trabajando con sus hermanas en el estudio de su casa.

Por eso le picaba la curiosidad ver cómo sería aquel, al tratarse del de una gran empresa.

En cuanto salió del ascensor oyó las voces de los empleados y el zumbido de las máquinas de coser, un sonido que probablemente atacaría los nervios de otros, pero que a ella la tranquilizó y le permitió respirar con libertad por primera vez desde su llegada a Los Ángeles.

Sonrió mientras recorría los espacios abiertos llenos de largas mesas con tejidos y útiles de costura, donde trabajaban los diseñadores.

¡Lo que hubiera dado por tener algo así! Pero para eso se necesitaba dinero, y eso implicaba pedir otro préstamo a sus padres; o que le tocara la lotería.

Pero podía soñar. Y un día Modas Zaccaro sería una gran firma de fama mundial.

Tuvo ganas de detenerse para ver lo que cada uno hacía y oír lo que decía, sobre todo porque era posible que estuvieran trabajando en sus diseños.

Pero no tenía tiempo de curiosear. Tenía que buscar a Michael Franklin, el director del equipo de diseño de la colección, para informar a Nigel de sus progresos.

A pesar de que este le había dicho que tardara lo que quisiera, no estaba segura de que no fuera a ir a buscarla. Era un pez gordo que ni siquiera se preparaba él mismo el café. ¿Qué posibilidades había de que pasaran un par de horas sin que la necesitara para algo?

Cuanto menos tiempo estuviera lejos de su escritorio, mejor, al menos hasta llevar más tiempo en la empresa y conocer perfectamente la rutina laboral.

Se dirigió al despacho del fondo, donde Nigel le había dicho que encontraría al señor Franklin.

No había nadie. Solo podía deshacer el camino andado y preguntar a los empleados. Seguro que alguno sabría dónde estaba.

Al dar media vuelta estuvo a punto de chocar con una mujer que venía en su misma dirección.

–Perdone –dijeron las dos a la vez, y rieron.

–Perdone –repitió la mujer–. La he visto frente al despacho y venía a preguntarle qué desea.

–Busco al señor Franklin –replicó Lily mirándola fijamente–. Un momento, yo a usted la conozco –se devanó los sesos tratando de explicarse por qué la joven le resultaba familiar.

–Eres Bella, ¿verdad? –preguntó al recordarla–. Lo siento, pero no recuerdo tu apellido. Pero eres amiga de Zoe, su compañera de habitación en la universidad.

–Me apellido Landry –respondió la joven–. ¿Te refieres a Zoe Zaccaro?

Lily asintió.

–Hace mucho que no la veo. ¿Cómo es que la conoces?

–Soy Lily, su hermana. Nos vimos la última vez que la fuiste a ver a Nueva York.

No le sorprendió que Bella no la hubiera reconocido. En condiciones normales, Zoe y ella se parecían tanto que a veces las confundían. Pero con el pelo oscurecido y recogido y las gafas, el aspecto de Lily había cambiado.

Además, hacía años que no veía a Bella, y solo se habían visto un par de veces en la vida.

–Vaya, el mundo es un pañuelo. Me alegro de volver a verte. ¿Cómo está Zoe?

–Muy bien, como siempre.

Ambas rieron porque sabían exactamente lo que significaba «como siempre».

–¿Qué haces aquí? –quiso saber Bella.

La pregunta borró la sonrisa de la cara de Lily. Se había olvidado de que tenía que pasar desapercibida y guardar el anonimato.

Trató de hallar la forma de solventar su error y de encontrar un motivo plausible que explicara su estancia en Los Ángeles.

–Las tres hemos dejado de diseñar temporalmente para centrarnos en la tienda y en la marca. Zoe y Juliet se han quedado en Nueva York y yo he venido a hacer unas prácticas a Ashdown Abbey.

Sonaba bien. No dijo que era la secretaria del presidente, y esperaba que Bella no se enterara, porque entonces tendría que explicar por qué se había cambiado de nombre. Esperaba asimismo no verla mientras Nigel estuviera presente.

–¡Qué bien! exclamó Bella.

–¿Y tú?

Bella se miró la punta de los zapatos antes de volver a mirar a Lily a la cara, pero lo hizo evitando sus ojos.

–Soy diseñadora. Llevo tres años trabajando aquí.

–Eso es estupendo –dijo Lily con sinceridad. No conocía bien a Bella, pero su hermana nunca había hablado mal de ella, y parecía una persona muy agradable.

–Entonces, ¿estás trabajando en la última colección?

Bella asintió.

–No tengo mucho que ver con ella. Solo soy una pieza del engranaje. Hago un poco allí y un poco allá, lo que se necesite.

–Por algo se empieza –afirmó Lily sonriendo–. Estoy segura de que será una estupenda colección. Los diseños de Ashdown Abbey son excepcionales. Deberías sentirte orgullosa de formar parte de la empresa.

Era verdad, aunque le doliera decirlo, sobre todo porque aún no se había recuperado del robo de sus diseños para la colección California.

Sopesó la posibilidad de extraer información a Bella, ya que tal vez supiera algo importante sin ser consciente de ello. Pero tras haber revelado su verdadera identidad, le dio miedo parecer curiosa y delatarse aún más.

Pensó asimismo que, como era amiga de Zoe y había estado en su estudio, Bella podía tener que ver con el robo de los diseños. Se resistía a creer que una amiga de su hermana, que había sido su compañera de habitación durante cuatro años, hubiera hecho algo así, pero se dijo que lo investigaría, por si acaso.

–¿Sabes dónde está el señor Franklin?

–Debe de estar por aquí. Búscalo en el taller B. Lleva toda la semana trabajando con ese equipo.

–Muy bien, gracias.

–¿Quieres que te lleve? –se ofreció Bella volviendo a mirarla a los ojos.

–No hace falta, gracias. Lo encontraré sola. Seguro que tendrás trabajo. Me alegro de volver a verte. Le daré recuerdos a Zoe de tu

parte.

Después de haberse despedido, Lily retomó el camino hacia el ascensor, esa vez mirando todo con calma y detalle.

Observó los colores y tejidos que se iban a utilizar en la colección y cómo se unían las distintas partes de algunos modelos.

Ninguno la pareció semejante a los suyos, lo que le supuso un alivio y una ligera decepción, ya que no había avanzado en sus investigaciones.

Al llegar al taller B entró. Había dos mujeres inclinadas sobre una mesa y hablando, y otra mujer al lado de un maniquí que hablaba con un hombre agachado que colocaba las piezas de un patrón en el maniquí.

Lily supuso que el hombre sería el señor Franklin. Se apoyó en una mesa y esperó a que este acabara para que le informara de cómo iba todo y así, a su vez, poder informar a Nigel.

La semana siguiente fue tan ajetreada que Lily apenas pudo seguir el ritmo de trabajo que Nigel le exigía.

Cuando fichaba al salir y se arrastraba hasta su casa solo le quedaban fuerzas para lavarse la cara, ponerse el pijama y tratar de dormir el máximo número de horas posible antes de que sonara el despertador y la misma rutina volviera a empezar, lo cual le dejaba muy poco tiempo para curiosear e investigar.

Estaba segura de estar elevando el concepto de lo que era una secretaria de dirección.

Y aunque a veces no sabía muy bien cómo realizar determinadas tareas, Nigel parecía contento con su trabajo. Así que si «la cosa del diseño», como decía su padre, fracasaba, siempre se podría dedicar al secretariado.

Pero no estaba allí para matarse a trabajar por Ashdown Company, sino para salvar su propia empresa y vengarse, y se sentía muy frustrada ante su incapacidad de conseguirlo,

Resuelta a encontrar un rato para espiar, salió del ascensor el lunes por la mañana y fue directamente a su escritorio. Llegaba un poco temprano y, con suerte, Nigel se retrasaría, lo que le permitiría

estudiar los archivos de la colección California sin temer que la descubrieran.

En algún sitio debía haber algo que la llevara hasta el culpable. Le interesaba sobre todo encontrar los bocetos originales en que se había basado la colección, ya que le darían más información sobre en qué se habían inspirado los modelos que las versiones posteriores que ya había impreso, e incluso alguna pista sobre quién se había apropiado de sus diseños para copiarlos.

La falta de progresos en la investigación no era el único problema que tenía, ya que un verdadero detective la estaba buscando.

Reid McCormack la había llamado para preguntarle dónde estaba y qué hacía, lo cual a Lily le resultó extraño, ya que se suponía que era él quién trabajaba para ella.

Pero cuando lo contrató para que investigara el robo, no le dijo que pensaba marcharse a Los Ángeles para investigar por su cuenta, ya que creía que no lo aprobaría y que trataría de disuadirla.

Por teléfono, el detective se puso furioso y le dijo que quería saber exactamente dónde estaba y qué hacía. Cuando ella se negó a responderle, le contó que su hermana Juliet acababa de estar en su despacho para pedirle que la localizara.

A Lily le dio la impresión de que lo que más le irritaba era haber tenido que mentir a una hermana porque la otra ya era clienta suya.

Aunque esperaba que sus hermanas confiaran en ella, parecía que no las había convencido de que no debían preocuparse.

Había tardado un buen rato en convencer al señor McCormack de que fingiera aceptar el caso de Juliet, y le ofreció compensarlo económicamente si no le parecía bien aceptar dinero de esta por no hacer nada y mentirle. Le prometió llamar a Juliet en cuanto pudiera para que sus hermanas dejaran de pensar que había desaparecido o que estaba en apuros.

Se dio cuenta de que aquello iba en contra de los principios del detective, pero al final este había accedido de muy mala gana.

Así que también tenía ese problema. Detestaba que sus hermanas estuvieran preocupadas, sobre todo después de haberles dejado una nota con el único propósito de que no se inquietaran.

Si llamara para tranquilizarlas, querrían saber dónde estaba y qué ocurría, y no sabría qué decirles.

Se sentó suspirando y encendió el ordenador. Cuanto antes resolviera el misterio del robo, antes volvería a casa y contaría todo a sus hermanas.

Buscó todo lo relacionado con la colección California mientras por el rabillo del ojo vigilaba el ascensor. Encontró un archivo referido por entero a la colección California y lo copió a toda prisa en el lápiz de memoria.

El archivo acababa de terminar de descargarse, y ella estaba guardando el lápiz en el bolso, cuando se abrió la puerta del despacho de Nigel.

El corazón de Lily dejó de latir a causa del pánico.

–Ah, está aquí. Muy bien –murmuró él a su espalda.

Ella fue incapaz de responderle, ni siquiera de girarse y mirarlo. Estaba petrificada.

Por suerte, él, en vez de reprocharle su falta de respeto, se acercó al escritorio. Ella tragó saliva y, por fin, consiguió girar la cabeza y mirarlo.

Como siempre que lo veía, la boca se le quedó seca. Había creído que, tras trabajar un tiempo con él, se acostumbraría a su atractivo y le resultaría más fácil tenerlo cerca sin alterarse.

El corazón volvió a latirle, se pasó la lengua por los labios y se obligó a mirarlo a los ojos.

–Buenos días –dijo con una voz casi humana–. No sabía que hubiera llegado.

–La estaba esperando.

Apartó varias cosas de la esquina del escritorio y se sentó y dejó una pierna colgando.

Ella volvió a mirarlo a la cara al tiempo que inspiraba lentamente para que la temperatura interna le fuera descendiendo.

–Tenemos que hablar del desfile de la semana que viene –prosiguió él.

–Muy bien.

Nigel la había enviado varias veces a hablar con el señor Franklin, por lo que sabía que todo iba bien y que se estaban cumpliendo los

plazos.

–Ya sabe que el desfile es en Miami.

Lo sabía, pero no le había prestado atención.

–Tengo que estar allí, por supuesto –afirmó él con calma.

Ella pensó que estaba tardando en decirle lo que quería.

–Aunque el desfile en sí tiene fines solidarios, acudirán muchos de nuestros mejores clientes, por lo que estaremos tomando pedidos durante todo el evento.

Ella asintió.

–Esperaba que usted también pudiera venir.

Lily lo miró con los ojos como platos y se recostó en el asiento. En ningún momento, al hablar del tema, le había dado a entender que quisiera que lo acompañara.

–¿Su secretaria viaja normalmente con usted para una cosa así?
–quiso saber ella.

–Sí, con frecuencia.

–Entonces me está ordenando que vaya, no preguntándome si me gustaría ir.

–En absoluto. Me gustaría mucho que me acompañara, y sería por motivos de trabajo, pero entiendo que tenga otros planes.

Ella reflexionó sobre los pros y los contras de aquel viaje con respecto al verdadero propósito de su trabajo en Ashdown Abbey.

Por un lado, si se quedaba, era probable que avanzara en su investigación al tener más tiempo para dedicarse a ella; por otro, deseaba ir. La idea de viajar con Nigel, sin duda en primera clase, la atraía. Pero lo que más la emocionaba era la posibilidad de vivir de cerca un desfile al que acudirían diseñadores famosos con sus últimas creaciones, personas que tal vez un día se interesaran por sus diseños y que ayudaran a Modas Zaccaro a triunfar tanto en el plano nacional como en el internacional.

Por descontado que no podría revelar su verdadera identidad a ninguno ni hablarles de su trabajo, pero de todos modos... Los contactos que estableciera, aunque fuese como la secretaria de Nigel, podrían servirle en el futuro.

–Tendremos que quedarnos todo el fin de semana. Saldremos el jueves y volveremos el domingo por la noche –añadió él

interrumpiendo sus pensamientos.

Era mucho tiempo para estar alejada de la empresa y para fingir en público que era lo que no era, pero ¿iba a negarse? No se lo perdonaría nunca, a pesar de que retrasara sus investigaciones.

–Me encantaría ir –afirmó tras un minuto de reflexión.

–¡Estupendo! –exclamó él dándose una palmada en los muslos. Después se puso de pie y se dirigió al despacho—. Mire en mi agenda el itinerario específico y los materiales de promoción para el desfile, y así podrá hacerse una idea de lo que tiene que meter en la maleta. Hablaremos de los detalles más adelante.

Cuando se quedó sola, Lily decidió no seguir curioseando, con su jefe allí, que podía salir en cualquier momento.

Aunque hubiera debido enfadarse, en realidad estaba emocionada y ansiosa por ir a Miami.

Tendría que posponer su plan de encontrar al ladrón y volver a Nueva York lo antes posible, pero... ¡se trataba de Miami!

No de la ciudad, que ya conocía, sino del desfile de moda anual en Miami, donde numerosas firmas, no solo Ashdown Abbey, presentarían sus últimos modelos.

El desfile recaudaba dinero cada año con fines solidarios o caritativos. Aquel año lo haría para un hospital infantil. Los diseños que se presentaban en él se producían en serie posteriormente y se vendían en todo el país y en el extranjero.

Lily y sus hermanas no habían alcanzado un nivel suficiente para participar en este tipo de evento. Ella ni siquiera había estado, aunque era algo con lo que soñaba.

Y tenía la oportunidad de cumplir su sueño, y no como una espectadora más, sino como la secretaria de Nigel Stratham.

Un sueño que podía transformarse en una pesadilla si se descubría su verdadera identidad, pero merecía la pena correr el riesgo. Incluso después de haberse topado con Bella Landry seguía sintiéndose segura.

Había investigado un poco sobre ella y había descubierto que la joven acababa de pedir un tiempo de descanso por motivos personales. Lily quería examinarlo más a fondo, pero aún no había tenido la ocasión.

Así que, definitivamente, se arriesgaría. Se pondría unas enormes gafas de sol y esperaría que todo saliera bien.

Muy nerviosa para estar sin hacer nada, miró la agenda de Nigel y buscó las fechas del viaje. Estarían fuera cuatro días y tres noches, viajarían en el jet de la empresa y se alojarían en la suite de un hotel de lujo.

Lily se preguntó si tendría tiempo de ir al spa y darse un masaje.

Tenía que empezar a hacer una lista de todo lo que necesitaría llevarse. Debería llevar solo ropa de Ashdown Abbey, aunque nada de lo que había visto le pareciera tan adecuado para el sol de Miami como sus propios diseños. Sus tejidos ligeros, colores brillantes y diseños florales eran ideales para ese viaje. Y tenía algunos modelos en el armario.

Ahora bien, ¿se atrevería a llevárselos y a ponérselos delante de Nigel? ¿Se daría cuenta él de que no eran de la colección de Ashdown Abbey y se preguntaría por qué había cambiado de repente? ¿O no le daría importancia porque sabía que una mujer compraba una prenda cuando le sentaba bien y si, además, estaba de rebajas?

Suspiró. No era fácil fingir ser una secretaria seria, cuando lo único que le apetecía era correr a casa, quitarse la ropa y los zapatos que llevaba puestos, soltarse el pelo y dedicarse a meter en la maleta vestidos veraniegos y sandalias, como si se fuera de vacaciones a la playa en vez de irse en viaje de negocios.

Capítulo Siete

El jet de Ashdown Abbey era increíble. Aunque ella había viajado con sus padres en magníficos aviones, viajar como secretaria de Nigel era totalmente distinto, sobre todo porque los viajes familiares habían tenido lugar muchos años antes, cuando era una niña incapaz de permanecer sentada ni un minuto.

Cuando aterrizaron, un coche los esperaba. El chófer metió las maletas en el portaequipajes y les abrió la puerta trasera para que se montaran en el vehículo.

A pesar de las dudas, Lily había optado por llevarse muchas prendas suyas. Había agarrado dos trajes de chaqueta, por si acaso, pero su equipaje iba lleno de sus creaciones veraniegas.

A Nigel no parecía importarle el cambio de atuendo. Lily se había puesto un corto vestido amarillo y unas alpargatas.

Cuando llegaron al hotel, el chófer se apresuró a abrir la puerta del coche a Nigel, que se bajó y le tendió la mano a Lily. Ella la tomó para salir mientras tenía cuidado de no enseñar demasiado los muslos.

Cuando sus manos se tocaron, Lily sintió una oleada de calor, y se dijo que era producto de la humedad del ambiente al bajarse del coche con aire acondicionado, aunque ni ella misma se lo creyó.

Ya le había sucedido lo mismo demasiadas veces en presencia de Nigel como para creer que se debía a causas meteorológicas. En el despacho no había humedad ni sol directo.

Sin mirar a Nigel a la cara, se apartó del coche mientras el chófer y un botones descargaban el equipaje y lo colocaban en un carrito.

Nigel dio una propina al chófer y le puso la mano en la espalda a Lily al tiempo que seguían al botones al interior del hotel. Este recogió las llaves en la recepción y los condujo hasta los ascensores.

Antes de salir de Los Ángeles, Lily había dicho a Nigel que no era necesario alojarla en una suite, que le serviría una habitación estándar.

Nigel se negó en redondo y afirmó que le era mucho más conveniente tenerla en la suite de al lado y que las reservas ya estaban hechas.

Aunque Lily creyera que era un gasto innecesario, se moría de ganas de tener una suite para ella sola.

Cuando llegaron a la suite de Nigel, el botones, que empujaba el carrito con el equipaje, les abrió la puerta.

La moqueta era mullida y hacía juego con el mobiliario. Una de las paredes era una puerta cristalera con una magnífica vista al mar. Lily deseó llegar a su suite para salir a la terraza.

Al ver que el botones iba a descargar sus maletas, ella se lo impidió.

–Esas son mías y van a mi habitación. Creo que es la suite de al lado.

El botones dejó la maleta.

–Lo siento, señorita, pero solo me han dado una llave. ¿No estará su habitación a otro nombre?

Lily se volvió hacia Nigel, que estaba pálido como un muerto.

El joven botones, al percibir la confusión que reinaba en el ambiente, carraspeó.

–Voy a llamar a recepción. Estoy seguro de que ha habido un error. Lo solucionaremos inmediatamente.

Cruzó la habitación y descolgó el teléfono que había en una mesa y habló en voz baja con quien estaba al otro lado de la línea.

Unos instantes después colgó y se volvió hacia ellos, con una expresión que indicaba claramente que no iba a gustarles lo que les tenía que decir.

–Lo siento, pero en recepción solo hay una reserva a nombre del señor Stratham y ninguna para usted.

Lily volvió a mirar a Nigel, llena de confusión. Él se encogió de hombros.

–Pues tomaremos otra habitación ahora, no hay problema.

El botones hizo una mueca, y Lily supo lo que iba a decir.

–Por desgracia, el hotel está lleno. Debido al desfile de moda, casi todos los hoteles de lujo lo están.

Nadie habló durante unos segundos.

El botones parecía nervioso, pero el error cometido no era culpa suya.

Lily suspiró y dijo:

–No pasa nada. En esta suite cabe una familia de doce miembros. Estoy segura de que nosotros dos nos las arreglaremos –y dirigió al botones una sonrisa, que esperaba que pareciera tranquilizadora.

El botones se lo agradeció y terminó de descargar el equipaje. Nigel le dio una propina y lo despidió.

–Lo siento –dijo dirigiéndose a ella–. Ha habido un malentendido.

–Eso parece.

–Es mi secretaria la que hace las reservas.

Ella enarcó una ceja preguntándole en silencio si de verdad pretendía culparla de la situación.

Él estuvo a punto de sonreír.

–No suelo invitar a mi secretaria a acompañarme, Lillian, y permíteme que te tutee, así que cuando te lo pedí me olvidé de decirte que necesitábamos otra habitación.

–Eso parece –replicó ella con sequedad.

Sin añadir nada más, se dirigió al escritorio, abrió los cajones, sacó la guía telefónica y comenzó a hojearla.

–¿Qué haces? –pregunto Nigel acercándosele.

–Buscar otro hotel.

–¿Por qué?

Ella lo fulminó con la mirada.

–Porque tengo que dormir en algún sitio, y este hotel está lleno.

–Has dicho que la suite era lo bastante grande para los dos.

–Era mentira.

–No seas tonta –dijo él tras unos segundos de tenso silencio.

Ella no había despegado los ojos de las páginas amarillas, pero los dedos de él aparecieron de repente en su campo de visión mientras le quitaba la guía, que dejó en el escritorio.

–No hace falta que te vayas a otro hotel, ya que aquí hay sitio de sobra. Además, como ya te dije, que te alojes en otro hotel,

probablemente en la otra punta de la ciudad, no favorecerá mi trabajo. ¿Y si te necesito?

–Me llamas y vengo. Estoy segura de que en todos los hoteles de los alrededores funcionan las líneas telefónicas y de que en esta ciudad hay taxis para ir de uno a otro.

–Me temo que no podrá ser. No te pago para que te presentes cuando puedas, sino para estar presente cuando te necesite.

Ella se pasó la lengua por los labios y preguntó, en este caso sin sarcasmo:

–¿Cuánto vas a necesitar me? Creía que en este viaje no íbamos a trabajar mucho.

–Aun así, sería mejor que estuviéramos cerca el uno del otro, por si acaso. Me hubiera conformado con que estuvieras en la habitación de al lado, pero no más lejos.

Se apartó del escritorio y le sonrió.

–No te preocupes, nos arreglaremos.

Volvió al centro del salón, donde estaban las maletas. Agarró con una mano la cartera y con la otra el portátil y se sentó en el sofá, frente a la mesa.

–Supongo que la suite no tiene dos dormitorios –comentó ella dando unos pasos hacia él.

Una cosa era resignarse a alojarse en la misma suite que su jefe, y otra muy distinta quedarse en la misma suite que aquel hombre que le secaba la boca y le humedecía otras partes del cuerpo.

–Creo que no, pero puedes comprobarlo.

Ella fue a hacerlo, sobre todo para alejarse unos metros de él.

En la suite había de todo: una pequeña cocina; salón; comedor; una zona con televisión; reproductor de DVD y un aparato de música; una zona para trabajar, similar a un despacho; y la terraza. También había un pequeño cuarto de baño, pero Lily supuso que habría otro en el dormitorio.

El dormitorio, el único que había, era grande y hermoso, con una enorme cama con cabecero de bambú, una cómoda con un espejo oval y una mesa y una silla al lado de la terraza. Otra puerta conducía al cuarto de baño, todo de mármol y con bañera y ducha separadas.

Era indudable que Nigel pagaría miles de dólares por dormir allí una noche. Pero la pregunta seguía siendo la misma:

¿Dónde dormiría ella?

Nigel observó a Lily mientras recorría la suite. Al llegar al dormitorio se quedó parada en la entrada. Él trató de descifrar lo que pensaba por su lenguaje corporal, pero ella no le reveló nada.

Al cabo de unos minutos, Lily se dio la vuelta y lo miró durante un instante. No parecía muy contenta.

–Puedo dormir en el sofá –dijo mientras pasaba a su lado–. Con un poco de suerte, puede que hasta se abra.

La longitud del sofá era suficiente para acoger un cuerpo, pero no parecía muy cómodo. De todos modos, Lily quitó los cojines y buscó un tirador que permitiera abrirlo.

Nigel fue a decirle que se detuviera, pero le distrajo la vista de sus nalgas al inclinarse. Al recogerla aquella mañana, había observado que había cambiado de estilo de vestir, pero, hasta aquel momento, no le había gustado mucho el vestido que llevaba.

Al no encontrar lo que buscaba, Lily se enderezó y lanzó un bufido. Él, que hubiera seguido contemplándola toda la tarde, se apiadó de ella.

–De ninguna manera –dijo, lo cual hizo que ella se volviera–. No hay necesidad de que duermas en el sofá.

–Entonces, ¿quieres que duerma en el suelo?

Él se echó a reír.

–Claro que no.

–Si me dices que la cama es lo bastante grande para los dos, no respondo de mis actos –le previno ella, muy irritada.

Frunció el ceño cuando él rio ante su enfado.

–¿Qué clase de jefe crees que soy? –preguntó él en tono burlón, sin poder evitarlo.

Ella no respondió y se limitó a esperar con expresión agria.

Nigel salvó la distancia que los separaba, le puso las manos en los hombros y se los sacudió para animarla, antes de deslizarlas hasta sus brazos desnudos.

–La suite es lo suficientemente grande para que estemos los dos sin molestarnos. Podemos pedir que traigan una cama supletoria y ponerla aquí. La usaré yo. Tú puedes quedarte con la habitación.

La expresión de enfado de Lily se dulcificó.

–No consentiré que hagas eso. Es tu suite y, por tanto, deberías dormir tú en la cama.

Nigel estuvo a punto de decirle que la disfrutaría más si se acostaba con él. Aún no la había visto, pero su amplia experiencia en hoteles de lujo le permitía hacerse una idea de lo grande que sería.

Habría espacio de sobra para dormir los dos, y más que de sobra para hacer algo más que dormir.

Se permitió fantasear unos segundos con ella desnuda y en sus brazos rodando sobre sábanas de satén; con ella debajo de él, encima de él, pegada a él por la transpiración y la pasión mutuas.

Solo de pensarlo comenzaron a sudarle la frente y el labio superior. Se imaginó cuál sería su respuesta fisiológica si tuviera contacto carnal con ella.

Lo que era un problema, un problema grande y obvio, si ella mirara hacia abajo y se diera cuenta de lo que le pasaba. Por suerte, no lo hizo.

Se preguntó si no había aprendido la lección con Caroline.

Debido a su desgraciada relación con ella, había aprendido a no tener relaciones con mujeres que tuvieran la más mínima conexión con el mundo de la moda, ni desde luego con las que trabajaran en él. Que además fuera su secretaria solo empeoraba las cosas.

También había aprendido que lo más sensato era no tener relaciones sentimentales con mujeres americanas, sobre todo en aquellos momentos, cuando trataba de establecer la empresa en Estados Unidos y cuando su padre no dejaba de reprocharle que aún no hubiera tenido éxito.

Por todas esas razones, y muchas más, Lillian estaba fuera de su alcance. No negaba que le gustaría darse un revolcón con ella, como a cualquier hombre con sangre en las venas.

Sin embargo, era mejor dormir en la cama supletoria que cometer uno de los mayores errores de su vida.

–No me supone problema alguno, de verdad.

Sin darle ocasión a que protestara de nuevo, agarró las maletas de Lillian, las llevó a la habitación y las dejó a los pies de la cama. Al darse la vuelta vio que ella lo observaba desde la puerta.

–Deshaz las maletas e instálate. Llamaré a recepción para que suban la cama supletoria. Tengo una cena a las siete con uno de nuestros mejores clientes y me gustaría que me acompañaras.

Ella no respondió, por lo que él añadió:

–Entenderé que prefieras quedarte si estás cansada del viaje.

–No, me encantaría ir.

–Estupendo. Te dejo para que te prepares. Saldremos dentro de una hora, si te parece bien.

–Muy bien.

Los dos echaron a andar a la vez, ella hacia su equipaje y él hacia la puerta. Sus brazos se rozaron al pasar, y él sintió una descarga eléctrica y un calor intenso. Contuvo la respiración, tragó saliva y se preguntó si a ella le habría pasado lo mismo, o si él era el único condenado a pasar el fin de semana sexualmente frustrado.

Capítulo Ocho

Cena la primera noche en Miami. Desayuno en la habitación, servido con tanta elegancia como si estuvieran en un restaurante de cinco tenedores. Comida de negocios. Y el viernes por la noche una fiesta para los que participarían a la mañana siguiente en el desfile: diseñadores, compradores, planificadores, ejecutivos...

Aunque Lily ya conocía la agenda, no se había imaginado lo ocupados que estarían.

Nigel cumplió su palabra y durmió en el salón en una cama supletoria. Lily se sentía culpable por haberlo echado de su cama, pero no se le había ocurrido una solución mejor.

También tenía que reconocer que experimentaba un gran alivio al disponer de una habitación en la que encerrarse tras cada reunión de negocios. No temía por su seguridad, sino por su cordura.

Cuanto más tiempo pasaba con Nigel más lo admiraba y más atractivo le resultaba.

También se refugiaba con tanta frecuencia en la habitación porque tenía problemas para regular su temperatura. Se sofocaba en los momentos menos convenientes y en estancias con un perfecto aire acondicionado.

La conclusión era aterradora: quien le provocaba aquellos cambios de temperatura era Nigel, y Nigel quien despertaba su cuerpo y le disparaba las hormonas y la libido, largo tiempo en estado de hibernación.

¿Por qué no se le había reavivado el impulso sexual en Nueva York? Allí había hombres guapos, divertidos y disponibles. Al menos eso era lo que le decía Zoe, que encontraba uno distinto cada noche para irse con él.

Bromas aparte, ¿qué le hubiera costado acostarse con alguien en Nueva York, antes de ir a Los Ángeles, donde tenía que fingir que

era otra persona? ¿Por qué llevaba meses viviendo como una monja y le había bastado con conocer a Nigel para querer dejar de serlo?

Estaba en un buen lío. Durante el día fingía ser una educada secretaria; por la noche daba vueltas en la cama reprimiendo el deseo de abrir la puerta e invitar a Nigel a compartir aquella enorme cama.

Por eso cerraba con llave todas las noches: no para evitar que él entrara, sino para impedirse salir.

Pero cada hora insomne que pasaba perdía un poco más la batalla. Sus pensamientos la inquietaban y frustraban.

Se levantaba cansada y trataba de controlar sus emociones mientras se vestía. Creía haber vuelto a la normalidad, pero abría la puerta y lo veía frente a ella, como si fuera la respuesta a las oraciones de cualquier mujer. El corazón le dejaba de latir y le ardía la garganta.

Le asombraba ser capaz de pasar el día sin hacer algo embarazoso como babear, llorar o caer a los pies de Nigel.

Este no daba muestras de sospechar lo que le sucedía, por lo que debía de estar ocultándolo muy bien.

Y allí estaba ella de nuevo, encerrada en el dormitorio. Y Nigel estaba fuera, una vez más, esperándola.

Todavía tenían tiempo antes de salir para la fiesta, pero ella no quería pasarlo en el salón con él.

Lo había intentado antes. Habían hablado de negocios y él le había informado de los diversos eventos a los que acudirían. Pero cuanto más hablaban, menos temas de conversación tenían y más incómodas resultaban las largas pausas.

Incómodas y tensas. Lily sentía opresión en el pecho y se le ponía la carne de gallina.

Así que prefería quedarse en su habitación, donde se sentía relativamente a salvo.

Se preguntaba si Nigel habría comenzado a sospechar algo. Pero se preguntaba sobre todo si él sentiría el mismo deseo y la misma atracción que ella cuando estaban juntos.

Una parte de ella esperaba que así fuera. Sin embargo, no podía tener una aventura apasionada con el hombre que era su jefe y, probablemente, su perdición.

Sería mucho mejor sufrir en silencio.

Al menos, esa noche estarían rodeados de gente y ocupados hablando y estrechando manos, bebiendo y picando canapés. Cuando acabara la fiesta, estarían agotados y deseando acostarse. Acababa de salir de la ducha y llevaba puesto el albornoz del hotel mientras elegía la ropa interior y empezaba a vestirse. Llamaron suavemente a la puerta. El corazón le dio un vuelco; sabía que solo podía ser Nigel.

Se miró al espejo para asegurarse de que no enseñaba demasiado y abrió la puerta, pero solo una rendija.

Nigel aún no se había cambiado de ropa, pero se había quitado la chaqueta y la corbata y se había desabrochado los botones superiores de la camisa, por lo que ella pudo verle parte del torso.

Él se fijó en su pelo mojado y la recorrió de arriba abajo con la mirada. Sus ojos brillaban al posarse en los de ella. Lily vio en ellos oleadas de deseo que la penetraron hasta el último rincón de su ser.

Se le aceleró el pulso y trató de tragar saliva, pero no pudo.

Por suerte, él habló primero, ahorrándole la vergüenza de ahogarse al intentar hacerlo ella.

–Siento molestarte, Lillian, pero debo pedirte un favor.

Estaba tan serio que ella pasó en un segundo de mujer vulnerable a eficaz secretaria.

–Por supuesto. ¿Qué deseas?

–¿Sería excesivo pedirte que te pusieras algo especial esta noche?

Ella frunció el ceño al pensar en braguitas de encaje y medias de seda con ligas, pero era evidente que Nigel no se refería a eso.

De repente, él le mostró una bolsa verde con el logo de Ashdown Abbey.

–Es uno de los modelos que mostraremos mañana en el desfile. Desearía que lo llevaras esta noche para que la competencia se haga una idea de lo que presentaremos.

Le sonrió y le guiñó el ojo, y ella no pudo evitar sonreír a su vez.

–Me lo probaré con mucho gusto –afirmó ella agarrando la percha del vestido– pero no soy modelo y puede que no me quede bien.

–Creo que te quedará muy bien. No diseñamos para mujeres delgadísimas y, además, este vestido tiene un diseño cómodo.

–De acuerdo.

Ella tenía un vestido largo que hubiera sido perfecto para el cóctel, pero sentía curiosidad por ver lo que Nigel quería que se pusiera. Y era muy halagador que le hubiera pedido que luciera uno de los modelos de la empresa, que aún no se había mostrado en público.

Preferiría llevar sus propias creaciones, desde luego. Pero como tampoco podría decir que eran suyas, tendría que conformarse.

No supo qué más decir. No le parecía bien dar a Nigel con la puerta en las narices, sin más. Fue él quien dijo:

–Pruébatelo y dime si hay algún problema.

Dio un paso atrás, pero no pareció dispuesto a marcharse, y ella tampoco a cerrar la puerta.

–Solo tardaré unos minutos –murmuró ella.

Cerró la puerta, colgó el vestido en la puerta del armario y bajó la cremallera de la bolsa.

Contuvo la respiración al contemplar la prenda. Era un vestido asombroso, muy bello, y sintió un poco de envidia.

Era de *chiffon*, de color champán. Solo tenía una hombrera, cubierta de perlas, por lo que el otro hombro iba desnudo. Una banda con las mismas perlas que la hombrera hacía las veces de cinturón.

Lily se sintió nerviosa y emocionada a la vez ante la perspectiva de ponérselo. Hacía mucho tiempo que no llevaba algo tan hermoso. Y resultaba que tenía que ir vestida como si fuera a una boda real y, además, vender el trabajo de otro diseñador.

Como no le quedaba más remedio que hacerlo, corrió al cuarto de baño para peinarse y maquillarse y volvió al dormitorio.

La ropa interior que tenía no estaba a la altura de semejante vestido. Si Nigel se lo hubiera enseñado antes, hubiera ido a comprar algo más sexy.

Por suerte, tenía sujetadores y braguitas muy claros que no se le transparentarían debajo del vestido. Y aunque el sujetador tuviera hombreras, podía quitárselas fácilmente.

Unos segundos después, tomó el vestido y buscó la cremallera oculta de la espalda. Se lo puso y, llevando los brazos hacia atrás, agarró los dos lados y los unió. Le estaba un poco justo, pero podría valer si contraía el estómago.

Se miró al espejo y le gustó lo que vio. Solo esperaba que no le sucediera nada a la prenda al subirse la cremallera, cosa que no consiguió hacer por sí misma.

Muy nerviosa, abrió la puerta del dormitorio sin hacer ruido y salió a buscar a Nigel. Aunque no le hiciera gracia pedirle ayuda, la necesitaba.

El salón estaba vacío.

Con el vestido agarrado por detrás con una mano, miró en la terraza al tiempo que se preguntaba si Nigel habría salido por algún motivo.

Entonces oyó un ruido y se volvió justo en el momento en que él salía del cuarto de baño. Estaba imponente.

Llevaba un esmoquin normal pero Lily hubiera jurado que le sentaba mejor que a cualquier otro hombre que lo hubiera llevado a lo largo de la historia. La chaqueta y los pantalones le sentaban como un guante. Estaba para comérselo.

Se había peinado echándose el pelo hacia atrás.

Lily tuvo ganas de levantar el brazo con que sujetaba el vestido, dejar que cayera al suelo y aproximarse a él para quitarle aquella ropa de fiesta.

La idea la dejó petrificada, y recordó que no estaba nada bien desear al jefe de una. Al mismo tiempo pensó que no le importaría portarse mal durante un rato, y solo con Nigel. Él debía de estar pensando lo mismo, ya que los ojos le brillaron en cuanto la vio. La observó de arriba abajo.

Ella respiró hondo, lo que hizo que el canesú del vestido descendiera levemente. Se lo colocó bien con la mano que tenía libre, carraspeó y sonrió débilmente.

–Necesito ayuda –murmuró.

Él enarcó una ceja. No había dejado de mirarle el escote.

Lily se dio la vuelta y le mostró la larga abertura de la espalda. Él se le acercó y comenzó a subirle la cremallera. Ella levantó la mano con que agarraba el vestido y se la llevó a la nuca para recogerse el pelo.

Cuando Nigel terminó de subírsela, le rozó la piel con los nudillos. Ella se estremeció, aunque trató de disimularlo.

Se quedó inmóvil, sin atreverse a respirar. Al cabo de unos segundos, Nigel retrocedió y bajo las manos.

Ella se sintió aliviada, pero al mismo tiempo lo lamentó.

–Ya está –dijo él con voz ronca.

Lily se soltó el pelo y se dio la vuelta para mirarlo. Él contempló el vestido.

–Estás preciosa –afirmó–. Tal y como me esperaba. ¿Qué te parece?

–Es muy bonito –respondió ella con sinceridad.

–¿Te sientes cómoda en él para llevarlo esta noche?

–Creo que sí –le agradeció que se lo hubiera preguntado–. Necesito joyas y unos zapatos que vayan a juego, pero me sienta mejor de lo que esperaba.

–Creo que puedo ayudarte –afirmó él sonriendo.

La condujo al sofá y comenzó a abrir unas cajas que había encima.

–He pedido que me trajeran algunos de los zapatos del desfile. Son todos del mismo estilo, pero no sabía que número calzabas.

Le indicó que echara un vistazo y eligiera lo que necesitara. Ella contempló un despliegue de calzado hermoso y caro.

En efecto, eran zapatos muy similares. Comprobó el número y eligió unos sin punta de color dorado y tacón alto. Se apoyó en el brazo del sofá para probárselos. Cuando vio cómo le quedaban con el vestido, con los dedos asomando con las uñas pintadas, supo que eran perfectos.

Al levantar la cabeza se topó con la intensa mirada de Nigel. El aire retenido en sus pulmones se negó a salir. Pasaron varios segundos. Por fin, él carraspeó y buscó algo entre las cajas.

–Esto será el toque final perfecto –afirmó mientras abría una caja alargada y plana.

En su interior había un collar y unos pendientes de diamantes que debían valer una fortuna.

Nigel sacó los pendientes y los depositó en la palma de la mano de ella. Después tomó el collar y se situó detrás de Lily.

Ella se levantó el cabello para que le pusiera el collar, y cuando lo hubo hecho, se llevó la mano al cuello para tocarlo.

–Esto es muy caro. ¿Confías en mí tanto como para dejarme que salga con él de la habitación? –preguntó ella medio en broma.

–Supongo que no vas a huir cuando den las doce de la noche, como Cenicienta –bromeó él a su vez.

Ella se sentía como Cenicienta. Una joven fingiendo ser otra persona, vestida de punta en blanco para acudir al baile con un hombre al que sin duda podía considerársele el príncipe azul.

Solo esperaba que su verdadera identidad no quedara al descubierto al dar las doce.

–No soy Cenicienta.

–No –contestó él–. Cenicienta nunca estaría tan guapa con ese vestido y esas joyas.

A Lily se le aceleró el corazón. Aquello era más que un mero cumplido: era una invitación, una promesa de cosas por venir.

Supo en aquel momento con total certeza que Nigel se sentía atraído por ella, que no era la única que sentía deseo.

Eso estaba bien, ya que era agradable saber que no estaba perdiendo el juicio ni alimentando un capricho de colegiala.

Pero también estaba mal, porque ya no estaba segura de poder controlarse si él decidía no seguir reprimiendo su pasión y olvidarse de la prudencia.

Se le había secado la boca y tenía las manos húmedas. El pulso se le había acelerado y todo su cuerpo se calentaba a velocidad de vértigo.

Si Nigel notó algo, no hizo ningún comentario, sino que le ofreció el brazo.

–¿Vamos?

–Sí –dijo ella tomándosele.

Se dirigieron a la puerta con tanta gracia y sincronía que se diría que sus movimientos se hubieran coreografiado.

Capítulo Nueve

Horas después, con el ruido de la fiesta de fondo, Lily se sentó al lado de Nigel en la limusina que los llevaría de vuelta al hotel. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo. Decir que estaba cansada era quedarse corto.

–Como si le hubiera leído el pensamiento, Nigel le acarició la mejilla con los nudillos.

–¿Cansada?

La caricia había sido muy leve e inocente, pero ella se quedó sin respiración.

Giró la cabeza en dirección a él y abrió los ojos preparándose para el impacto de su mirada, que, de todos modos, la arrolló.

Como era incapaz de decir algo coherente, se limitó a asentir.

Él sonrió.

–Has estado increíble esta noche –le dijo con una voz tan dulce como la miel–. Estás preciosa, mejor que cualquier modelo que hubiéramos contratado. Y tienes un talento innato para relacionarte con los demás. Los has tenido a todos comiendo de tu mano, sobre todo a los hombres.

Ella sintió, a pesar del cansancio.

–Me alegro de que te haya gustado. Debo reconocer que estaba nerviosa. No quería ponerte en evidencia ni hacer nada llevando este hermoso vestido que pudiera estropear el desfile de mañana.

–Eso era imposible. Has estado extraordinaria.

Lily se ruborizó y experimentó un placer inesperado ante sus cumplidos. No debiera estar contenta de que a él le hubiera gustado su actuación, sino molesta por haber mejorado la reputación de Ashdown Abbey.

Pero estaba contenta, por haber desempeñado el papel de secretaria y por hacerlo tan bien que se había ganado los elogios de

Nigel, no como jefe, sino como hombre.

–Gracias –murmuró.

–No –respondió él al tiempo que le acariciaba la mejilla–. Gracias a ti.

Y entonces, antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba a punto de hacer, se inclinó y la besó en los labios.

Durantes unos segundos, la sorpresa le impidió a Lily moverse o responder. Pero los labios masculinos eran suaves y tentadores, y ella llevaba tanto tiempo imaginándose cómo sería besarlos...

Lanzando un suspiro de deseo se refugió en sus brazos al tiempo que le ponía las manos en los hombros. Abrió los labios y sintió que su cuerpo se derretía en contacto con el de Nigel.

Este gimió y la atrajo hacia sí con fuerza poniéndole la mano en la espalda mientras su lengua le recorría los labios para después introducirla en su boca, ante su clara invitación.

El mundo desapareció mientras se devoraban y se metían mano como dos adolescentes.

A ella se le ocurrieron miles de razones para no hacerlo, pero sus dudas y miedos no pudieron nada contra la fuerza del deseo.

A pesar de que más tarde lo lamentara, en aquel momento no le importaba. No recordaba que la hubieran besado así antes ni haber deseado tanto a un hombre.

Era sorprendente que él se sintiera atraído por ella, que la deseara.

Tal vez se insinuara a todas sus secretarias; tal vez uno de sus objetivos en Estados Unidos fuera acostarse con el mayor número posible de americanas.

Si era así, después se enfadaría mucho. Pero, en aquel momento, estaba más que dispuesta a ser una más en la lista.

Mientras Nigel mantenía una mano en su espalda, con la otra le acarició los senos por encima de la tela del vestido. Los pezones se le endurecieron mientras gemía de deseo.

Nigel gimió a su vez e incrementó la presión de su boca en los labios de ella al tiempo que le recorría sin cesar la lengua con la suya. Ella le respondió con la misma fiereza, lamiendo, chupando y bebiendo de él.

El olor de su colonia era delicioso. Quería lamerlo de arriba abajo, olerlo y absorberlo por la piel como el sol en un día de verano.

La mano de Nigel descendió por su costado hasta la cintura y la cadera, y comenzaba a levantarle lentamente la falda del vestido cuando la limusina se detuvo.

Unos segundos después, la puerta del chófer se abrió y Nigel se apartó de ella con brusquedad.

Rápidamente, antes de que la niebla de la pasión se hubiera dispersado del cerebro de Lily, él le estiró el vestido y se colocó el esmoquin, limpió el carmín de los labios de ambos justo en el momento en que la puerta trasera se abría.

Cuando apareció el chófer, Lily y Nigel estaban sentados con un buen espacio entre ambos, como si ni siquiera se hubieran dirigido la palabra durante el trayecto.

Sin decir nada, Nigel se bajó del vehículo y ayudó a Lily a desmontar.

A continuación dio las gracias al chófer, además de una generosa propina, y entraron en el hotel.

En el ascensor estuvieron callados. Al llegar a su planta, él le ofreció el brazo como un perfecto caballero que no albergara pensamientos lascivos sobre la secretaria con la que compartía habitación.

Lily no sabía qué pensar o sentir.

¿Querría él continuar donde lo habían dejado en cuanto entraran en la suite? Se estremeció al pensarlo.

¿O querría olvidar lo ocurrido y que cada uno fuera por su lado? Pensarlo la entristeció un poco.

Al llegar a la puerta esperó a que Nigel la abriera y decidió que actuaría sobre la marcha.

Si él la besaba, le dejaría hacerlo y disfrutaría de cada momento; si volvía a ser el hombre tranquilo y reservado que conocía y no se le acercaba, ella haría lo mismo. Tal vez fuera lo mejor, a pesar de lo mucho que lamentaría la pérdida de sus labios y de su sabor.

Ella entró primero, con el corazón latiéndole con fuerza. Sin embargo, él no la abrazó después de cerrar la puerta ni la empujó

contra la pared. Llegaron al salón como dos personas educadas y civilizadas.

Él carraspeó y Lily, sobresaltada, se volvió lentamente. Se llevó una decepción al ver que él no se le aproximaba, a pesar de que los ojos le ardían de deseo.

–Creo que debo disculparme por lo ocurrido en el coche – murmuró él.

A Lily se le cayó el alma a los pies. Trató de no sentirse ofendida, pues sabía que tontear con su jefe, y posible enemigo, no era buena idea. Sin embargo, se sintió dolida.

Al ver que ella no respondía, él añadió:

–Pero, francamente, no puedo decir que lo sienta.

Ella lo miró fijamente a los ojos y contempló la misma pasión de la que había sido testigo en la limusina; la misma necesidad, el mismo deseo... pero ardiendo lentamente, y no de forma desatada.

–Eso hace que me resulte violento lo que voy a pedirte.

Lily tragó saliva.

–¿Te importaría quitarte el vestido?

Ella parpadeó. Era un poco extraño, ya que esperaba que estuviera más cerca al pedírselo, que se lo susurrara al oído o que él mismo quisiera quitárselo.

Pero si él quería que ver cómo se desnudaba, estaba dispuesta a complacerlo.

Entonces, Nigel destruyó cualquier tipo de fantasía que ella hubiera concebido.

–Tengo que devolver el vestido y los zapatos para el desfile.

–Sí, claro –replicó ella tratando de encontrar las palabras adecuadas y de pensar con claridad–. Un momento, por favor.

Se dirigió al dormitorio con toda la dignidad que pudo mostrar al tiempo que se reprochaba su estupidez.

Cerró la puerta y, con movimientos automáticos, se quitó el collar, los pendientes y los zapatos, y estuvo a punto de dislocarse el hombro al bajarse la cremallera del vestido. Cuando se lo hubo quitado lo colgó de la percha, lo introdujo en la bolsa y la cerró.

Se volvió a poner el albornoz que se había quitado antes y que había dejado a los pies de la cama.

Recogió todo lo que Nigel le había prestado y volvió al salón. Nigel estaba exactamente donde lo había dejado, pero no lo miró a la cara. Ya se había sentido suficientemente humillada por una noche.

Dejó el vestido en el sofá, metió los zapatos en su caja y dejó las joyas en la mesa de centro.

–Ahí tienes –dijo con voz seca y también sin mirarlo–. Gracias por prestármelo esta noche. Ha sido un honor.

Volvió al dormitorio con la cabeza muy alta. Y así se mantuvo mientras se desnudaba y se metía en la ducha.

Las cosas no habían salido según lo previsto, y Nigel se sentía como un perfecto imbécil.

El beso en la limusina era inolvidable. Había habido momentos en que creyó que iba a estallar por las sensaciones que experimentaba en contacto con los labios de Lillian. Había tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para separarse de ella al detenerse el coche.

El control de sí mismo había sufrido otra dura prueba mientras entraban en el hotel y subían en el ascensor, ya que lo único que deseaba era continuar donde lo habían dejado.

Mientras recorrían el pasillo hacia la suite había imaginado lo que le haría a Lillian en cuanto entraran y estuvieran solos.

Pero no podía abalanzarse sobre ella nada más cerrar la puerta, porque Lillian pensaría que era un maniaco sexual o, peor aún, que, si no consentía, su puesto de trabajo se vería afectado.

Nigel masculló un juramento. Lo último que le faltaba era una denuncia por acoso sexual contra él o la empresa.

Pero, sobre todo, no quería ser el tipo que flirtea con su secretaria y la hace creer que la recompensará si le sigue el juego y que se verá en el paro si no lo hace.

No quería que Lillian pensara eso. Sentía genuina atracción por ella, y quería que ella lo supiera y que se sintiera verdaderamente atraída por él.

Creó haber estado ingenioso al pedirle que se quitara el vestido para devolverlo. Pero se había imaginado que ella se desnudaría allí

mismo y que entonces él le susurraría que lo retomaran donde lo habían dejado.

Pero le había salido el tiro por la culata. Había dicho o hecho algo mal.

La expresión de Lillian había pasado de la dulzura y la alegría a la sorpresa y el dolor.

Él había perdido la oportunidad de disculparse y aclarar las cosas antes de que ella se fuera al dormitorio. Y después se había sentido desconcertado e incapaz de articular palabra por su propia estupidez, y ella había vuelto a marcharse.

¿Qué tenía Lillian que lo volvía imbécil?

Fuera lo que fuera, tenía que solucionarlo. Aunque la noche no hubiera resultado como esperaba, no podía consentir que ella pensara que era un estúpido para quien no significaba nada el beso que se habían dado o a quien le importaba más devolver el vestido que lo que estaba naciendo entre ambos.

Pasó un rato pensando en cómo deshacer el embrollo en que se había metido. Se acercó a la puerta del dormitorio y oyó el sonido del agua, por lo que dedujo que Lillian se estaba duchando.

La idea de ella totalmente desnuda bajo el agua le hizo difícil concentrarse. Y le endureció cierta parte del cuerpo, sobre todo al pensar en ella enjabonándose los brazos, los senos, el torso y... más abajo.

Se le formaron gotitas de sudor en el labio superior y tensó los músculos. Tuvo ganas de entrar en el cuarto de baño para ayudarla. Lo más probable era, sin embargo, que lo recibiera una bofetada. Primero tenía que hablar con ella; después, seducirla para que volviera a la ducha.

De repente, cesó el sonido del agua.

No quería asustarla, y lo más probable era que ella no quisiera verlo, pero debía hablarle.

Esperó unos minutos hasta que consideró que ya habría salido del cuarto de baño y llamó suavemente a la puerta.

Tenía las manos húmedas y sentía una opresión en el pecho.

Eso no era propio de él. No se había sentido nervioso por tener que hablar con una chica desde... ¿se había sentido así alguna vez?

En la universidad había sido un mujeriego.

Y en aquel momento sudaba por tener que enfrentarse a ella para disculparse y rogarle que no creyera que era un imbécil.

Al ver que no le abría, pensó que no quería verlo. No la culpaba por ello, pero sabía que estaba allí, que lo había oído llamar y que aún no estaría dormida.

Se estaba comenzando a enfadar.

Volvió a llamar, esa vez con más fuerza. Entraría con o sin invitación, si fuera necesario. Al fin y al cabo, la suite era suya, y había sido muy generoso dejando a Lillian ocupar el dormitorio.

Aunque prefería que le abriera voluntariamente, para no tener que añadir la intimidación a la lista de delitos de aquella noche.

La puerta se abrió, pero solo una rendija. La luz del salón iluminó un ojo y parte de la cara de Lillian, y el resto quedó en sombras debido a la oscuridad del dormitorio.

–¿Sí?

–Siento molestarte –dijo él.

Se aproximaba bastante a decir lo siento, pero se las arregló para evitar disculparse de modo directo.

–¿Podemos hablar un momento? –lo intentó de nuevo, pero con la misma cobardía que antes.

–Es tarde –afirmó ella sin abrir ni un milímetro más la puerta–. Estoy cansada. Hablaremos mañana.

Dicho lo cual, cerró la puerta y echó el pestillo.

Vaya, lo había echado todo a perder. Nigel lanzó una maldición. El maldito vestido ya había vuelto con el resto de la colección y esperaba el desfile del día siguiente mientras él seguía tratando de hallar el modo de solucionar aquel embrollo.

Respiró hondo. Ya estaba bien. Iba a acabar con aquello en ese mismo momento.

Volvió a llamar a la puerta con fuerza.

–Váyase, señor Stratham.

Así que volvía a tratarlo de usted, cuando acababa de empezar a llamarlo Nigel.

En voz baja le ordenó:

–Abre la puerta, Lillian.

–No.

Apretó la mandíbula y los dientes le rechinaron.

–Abre ahora mismo.

Aguzó el oído, pero no oyó nada.

–Voy a contar hasta tres –afirmó–. Si no me abres, echaré la puerta abajo.

En realidad, no sabía si podría hacerlo. Creía estar en forma, ya que jugaba uno o dos partidos de squash a la semana, además de realizar una rutina gimnástica diaria. Pero no sabía si tendría fuerza y coordinación suficientes para echar la puerta abajo, una puerta muy sólida, por otro lado.

Esperaba no tener que comprobarlo.

Retrocedió unos pasos y se preparó para cumplir la amenaza.

En ese momento se oyó un clic y el pomo de la puerta que giraba.

Nigel soltó el aire muy lentamente y la tensión muscular desapareció.

Ella volvió a abrir solo una rendija y sacó la cabeza. Tenía el pelo todavía húmedo de la ducha. Lo fulminó con la mirada.

–¿Me estás amenazando? Porque es lo que parece. O tal vez sea acoso. Aquí dentro hay un teléfono y no dudaré en utilizarlo.

Nigel suspiró.

–Por favor, solo será un momento.

Como ella no le dio con la puerta en las narices, añadió:

–Quiero disculparme por lo de antes. No pretendía ofenderte al pedirte que te quitaras el vestido para devolverlo. Tenía que habértelo dicho de otro modo.

Vio que ella fruncía el ceño y que aflojaba un poco la mano con la que agarraba la puerta, que incluso abrió unos milímetros más.

–Por ejemplo, debiera haberte dicho que cuanto antes te quitaras el vestido antes retomaríamos lo que estábamos haciendo en el coche. O mejor aún, debiera habértelo quitado yo mismo al entrar en la suite, sin pensar en el desfile. No lo hubiéramos mostrado mañana, y una modelo se hubiera quedado sin desfilarse, pero hubiera merecido la pena si no hubiera herido tus sentimientos, como he hecho. Y ahora mismo te estaría haciendo el amor en vez de estar

hablando contigo, con la esperanza de que no vuelvas a darme con la puerta en las narices.

Ya estaba, ya lo había dicho. Le había costado, por una cuestión de orgullo.

Observó a Lillian detenidamente intentando juzgar su reacción por el ojo, la mejilla y la mitad de la boca que veía.

Ella, nerviosa, se pasó la lengua por los labios.

Y entonces la puerta comenzó a abrirse lentamente y ella salió. Llevaba puesto el albornoz del hotel, que la cubría por entero. Aunque debiera haberle resultado poco atractiva, le pareció adorable, con el pelo húmedo que le llegaba por debajo de los hombros y la piel del rostro enrojecida de frotarse.

Como ella se había apretado el cinturón, distinguió fácilmente las curvas de su cuerpo. El albornoz apenas dejaba entrever el escote, y quiso abrirle el albornoz para ver más.

Ella se cruzó de brazos y lo miró con recelo.

–Entonces, ¿no lamentas lo que sucedió en la limusina?

Nigel sintió que se le levantaba el ánimo. Si se lo preguntaba era porque había estado pensando en ello.

Avanzó un paso con precaución, pero le respondió con claridad y sinceridad, sin importarle las consecuencias.

–No lo lamentaría aunque llamas a la policía, como has amenazado con hacer, ni aunque me denunciaras por acoso sexual, como estarías en tu derecho.

Ella pareció reflexionar durante unos segundos y, después, la rigidez comenzó a desaparecerle del rostro. Bajó los brazos y respiró hondo.

–No es buena idea –murmuró al tiempo que miraba hacia un lado, por lo que él no supo si se lo decía a él o a sí misma.

–Trabajo para ti. Podrías despedirme o utilizarme. Las cosas podrían ponerse feas.

Nigel hundió los hombros de forma imperceptible. Ella tenía razón, desde luego, pero no era esa la reacción que esperaba.

–Es cierto –reconoció contra su voluntad–. Pero no te estoy utilizando ni te despediría por algo personal, por lo que, además, sería igualmente responsable.

Ella lo miró a los ojos.

–¿Tan noble eres?

Nigel alzó la barbilla con todo el orgullo y la dignidad que le había conferido su nacimiento.

–Sí.

–Eso creía –replicó ella, casi con resignación. Y luego bajó la voz al decir–: Yo tampoco lamento lo que pasó en la limusina.

Capítulo Diez

Lily sabía que debía lamentar lo sucedido en la limusina y que debiera haber aceptado las disculpas de Nigel sin decir nada más, para después encerrarse en el dormitorio.

Eso hubiera sido actuar con inteligencia.

Cómo le gustaría haber tenido esa fuerza de voluntad.

Pero, a pesar de lo dolida y ofendida que estaba por lo que había sucedido, no había podido dejar de pensar en el beso mientras estaba en la ducha. A pesar de las lágrimas y de la respiración entrecortada, su cuerpo temblaba de necesidad y de deseo.

Comenzó a pensar en lo que hubiera pasado si... ¿Y si no se hubieran visto interrumpidos por la llegada al hotel? ¿Y si ella no llevara puesto uno de los modelos del desfile del día siguiente? ¿Y si él la hubiera besado en el ascensor y se hubiera abalanzado sobre ella al entrar en la suite?

¿Y si todo lo sucedido en los cuarenta minutos anteriores hubiera sido distinto y en aquel momento estuvieran en la cama haciendo el amor, explorándose mutuamente, satisfaciendo el deseo que había sentido desde el momento de conocer a Nigel?

No debería querer nada de eso. Debería ser más inteligente y estar enfadada con él por su posible intervención en el robo de sus diseños. Debería evitar que las hormonas pensaran por ella.

Pero no podía o, al menos, sus intentos habían sido inútiles.

Así que se dio por vencida.

Ya sabía que Nigel se sentía atraído por ella. Quería liarse la manta a la cabeza y estar con el hombre por el que se derretía.

¿Y si lo hiciera? Nigel no conocía su verdadera identidad y ella no se quedaría mucho más tiempo, tal vez un mes, hasta que resolviera el misterio y pudiera volver a Nueva York con la información que salvaría su empresa.

Ni siquiera era necesario que él supiera quién era. Hasta el momento había hecho un buen trabajo como su secretaria. Y saber que no era un trabajo permanente, que él no sería su jefe para siempre, facilitaba la justificación de una aventura pasional. Podía soltarse el pelo, pasárselo bien y marcharse sin consecuencias. Con una breve carta de dimisión y la excusa de un nuevo empleo en otro sitio, preferiblemente lejano, pero sin dejar entrever que vivía en Nueva York, bastaría para hacer borrón y cuenta nueva.

Así que aquello era prácticamente un regalo: sexo en vacaciones, sin compromiso.

Teniendo en cuenta el tiempo que hacía que no había salido ni tenido sexo con nadie, lo único que se le ocurría era: «Sí, por favor».

Por eso le había dicho que ella tampoco lamentaba lo que había sucedido entre ambos después de la fiesta. Había deseado que, al entrar en la suite, le arrancara el vestido y la poseyera contra la pared más cercana.

Bueno, tal vez no ese vestido, pero un vestido.

Y no quería pasarse el resto de la noche sola en aquella inmensa cama, dando vueltas, insatisfecha.

Observó que los ojos de Nigel se oscurecían y brillaban ante lo que ella acababa de reconocer. Respiró hondo y decidió explicarle exactamente a lo que se refería.

–A pesar de lo mucho que me ha gustado hacer de modelo para Ashdown Abbey, desearía no haberme puesto el vestido esta noche, porque me hubiera gustado que me arrancarás la ropa en cuanto entráramos por la puerta.

Nigel apretó la mandíbula.

–Procura estar muy segura de los que dices –le recomendó él con palabras que parecían salirle del fondo del alma– porque cuando empecemos no me detendré. Dejaré de ser un caballero y de tener buenos modales.

Ella se estremeció. Tragó saliva con fuerza y dio un paso hacia delante, resuelta y dispuesta.

–Entiendo. Y no voy a darte con la puerta en las narices.

El deseo estalló en el rostro de Nigel iluminándole los ojos. Salvó la distancia que los separaba sin decir palabra, la agarró de los brazos y la atrajo hacia él con tanta fuerza que casi la levantó del suelo.

Su boca chocó con la de ella, y la devoró. Ella le devolvió cada beso, cada embestida.

Lo agarró por los hombros, anchos y fuertes. Después llevó las manos a la parte delantera de la camisa.

No tuvo que abrir los ojos ni mirar para aflojarle el nudo de la corbata, desabotonarle el cuello y el resto de la camisa. Él gimió cuando le tocó el pecho desnudo, y ella estuvo a punto de gemir también.

Con la punta de los dedos le rozó los duros pectorales, salpicados de vello. Su piel irradiaba un calor como el de un horno, un calor que penetró en la piel de ella.

Le abrió la camisa y el esmoquin y continuó explorando los contornos de su cuerpo. Después descendió a la cintura de los pantalones.

Le arañó levemente el estómago y él contuvo la respiración. Lily sonrió al notar que el abdomen se endurecía ante la caricia. Deslizó los dedos por el vello que descendía desde el centro y se los introdujo en los pantalones.

Él gimió y volvió a besarla en la boca mientras le agarraba la cabeza con las manos.

Ella estaba feliz al ver que la deseaba con desesperación, que había perdido el control. Lo único que lamentaba era no haber comenzado antes y haber perdido tanto tiempo en discusiones, sentimientos heridos, incertidumbre y explicaciones.

Le desabrochó el cinturón y se lo sacó de un tirón. Cayó al suelo con un golpe seco.

Lily sintió su deseo, su masculinidad dura e hinchada a través de la bragueta, donde ella había colocado la mano. Dedicó unos segundos a acariciar el prominente bulto arriba y abajo con los nudillos, lo que hizo que él gimiera y le mordiera el labio inferior.

Ella sonrió y soltó un leve gemido cuando le recorrió la espalda con las manos hasta llegar a las nalgas, que apretó para presionarla

aún más contra su evidente excitación.

Ella se frotó retorciéndose contra él mientras le bajaba la cremallera.

Él la dejó hacer. Dejó que le metiera los dedos por la cintura de los calzoncillos antes de levantar los labios de su garganta, separarla un poco y tirarle del cinturón del albornoz. Tardó unos segundos en deshacerle el nudo, que estaba muy apretado debido a los tirones. Le abrió el albornoz y se lo echó hacia atrás.

Debajo, estaba desnuda. Lily se estremeció cuando el aire frío de la habitación le tocó la piel, pero no intentó volver a ponerse el albornoz ni cubrir su desnudez mientras Nigel la miraba como si fuera el ser más delicioso jamás creado.

Ella llevaba mucho tiempo soñando con ese momento, y no iba a esconderse.

Así que se quedó allí, medio desnuda y medio tiritando, tanto por la temperatura de la habitación como por el deseo que experimentaba. Y dejó que la mirara todo lo que quisiera.

Y mientras él la miraba, ella hizo lo mismo. Observó su piel sorprendentemente bronceada y su cuerpo musculoso y bien formado. Podía haber sido el de un modelo anunciando una colonia sexy. Y se haría millonario, ya que todas las mujeres comprarían lo que anunciara.

Se observaron mutuamente durante unos segundos, que a ella le parecieron minutos. Los verdes ojos de Nigel centellearon al reflejar el mismo deseo que había en los de ella.

Él agachó la cabeza, bajó los párpados y emitió un sonido ronco y salvaje antes de acercársele. Le pasó un brazo en torno a la espalda y le puso el otro debajo de las rodillas.

La levantó sin aparente esfuerzo. Ella soltó una carcajada y se le agarró al cuello.

Él le sonrió y, sin dejar de besarla, la llevó a la cama.

La sostuvo con un brazo mientras que con la mano del otro apartaba la ropa de cama. Después la dejó en el centro del lecho y descendió con ella hasta cubrirla como una manta humana, cálida y pesada.

La tela del esmoquin rozó la piel desnuda de ella, salvo por la parte delantera. El pecho masculino presionó el suyo.

Ella enroscó las piernas en su cintura y le empujó las mangas de la camisa y el esmoquin. Él la ayudó hasta conseguir quitarse ambas prendas y echarlas a un lado.

Después, él le acarició la cintura y la parte inferior de los senos, sin detenerse en ningún sitio, a pesar de que ella se retorció por sus caricias. Sin hacer caso de sus gemidos de deseo, le acabó de quitar el albornoz y la levantó para sacárselo de debajo del cuerpo y lanzarlo sobre la cómoda.

La miró desde la cabeza hasta donde sus piernas estaban entrelazadas en sus muslos. Se fijó en sus senos desnudos, en la curva del vientre y en el triángulo de rizos femeninos.

A Lily se le puso la carne de gallina. Él resopló mientras los ojos le brillaban como los de un lobo.

Sin dejar de mirarla, se quitó los zapatos y el resto de la ropa. Unos segundos después, Lily lo contempló en su gloriosa desnudez. Era tan hermoso que se le hizo un nudo en la garganta de la emoción. Tragó saliva mientras él se colocaba sobre ella, y se dijo que aquello solo era una aventura, nada más.

Alzó los brazos y entrelazó las manos en su cuello atrayéndolo hacia sí. Se besaron lentamente y se exploraron mutuamente la boca sin prisas.

Él le metió los dedos en el cabello mientras ella le acariciaba la espalda y se deleitaba en sus músculos y en deliciosa elevación de sus nalgas.

Él gimió y la abrazó con más fuerza. Ella arqueó la espalda intentando acercarse aún más, aunque ya estaban tan cerca como podían estarlo dos personas.

Nigel le recorrió las mejilla con los labios, le mordisqueó el lóbulo de la oreja, bajó por el cuello hasta la clavícula y, de allí, a los senos, hinchados y arqueados.

Ella jadeaba y pensaba progresivamente con menos claridad mientras la temperatura de su cuerpo se elevaba. Pero había cosas que tener en cuenta antes de llegar más lejos, antes de que perdiera toda noción del tiempo o del espacio y olvidara hasta su nombre.

Nigel –murmuró apretando las piernas contras sus caderas y poniéndole las manos en los antebrazos mientras él le acariciaba los senos con la boca.

–Nigel –repitió al ver que no respondía. Le tiró del pelo–. No tengo preservativos. ¿Y tú?

Él tardó unos segundos en procesar sus palabras y en detener su boca a unos centímetros del centro de uno de sus senos.

Ladeó la cabeza y gimió. Después lanzó una maldición, se alzó sobre los antebrazos y la miró.

Se separó de ella y se levantó. Lily contempló sus atractivas nalgas antes de que saliera de la habitación a buscar un preservativo.

Él volvió con dos envoltorios de plástico en la mano. Dejó uno en la mesilla y abrió el otro.

Lily observó cómo se ponía el condón con movimientos rápidos y precisos.

–Te he dicho que no te movieras.

Ella enarcó las cejas y le sonrió con malicia y sin disculparse.

–He sido una niña mala. Tendrás que darme un azote.

–Voy a hacer mucho más que eso –afirmó él con la voz ronca de deseo.

No recordaba haber visto nada más bonito en su vida que Lillian George tumbada desnuda en la cama esperándolo. Y pensó que nunca lo olvidaría.

A pesar de lo excitado que estaba y de lo desesperado que se encontraba por estar dentro de ella, no podía dejar de mirarla. El pelo le caía alrededor de los hombros y su pálida piel estaba sonrojada por el deseo.

Tenía los pechos pequeños, pero perfectos, con los pezones endurecidos por la excitación. Y el resto de ella le causaba la misma admiración: la curva de la cintura, el triángulo de rizos rubios en el vértice de sus muslos, las piernas largas y delgadas...

Pero lo que más le gustaba era su falta de inhibiciones. No trataba de ocultarse ni de tapar su desnudez con las manos o la sábana. Se

sentía cómoda estando desnuda. Y, además, se sentía a gusto con él y con lo que estaban a punto de hacer.

Fingiéndose una paciencia y un control que distaba mucho de tener, se puso a su lado y la abrazó. Ella se volvió hacia él, y sus senos se aplastaron contra su pecho mientras le acariciaba la pantorrilla con la planta del pie.

Él le apartó un mechón de pelo de la cara y se lo colocó detrás de la oreja.

–Estoy contentísimo de que hayas venido conmigo este fin de semana.

Ella sonrió.

–Yo también.

–Y aunque no me importa dormir en el salón, estaría bien pasar la noche en esta cama, para variar.

–No he dicho que pudieras dormir aquí.

Él entrecerró los ojos y reprimió una sonrisa.

–¿Piensas utilizarme y después mandarme a esa horrible cama supletoria? Veremos si te hago cambiar de idea.

La boca de ella esbozó una sonrisa antes de que él la besara. Le rodeó el cuello con las manos y él se puso encima de ella.

Lo que le había dicho era verdad: llevarla en aquel viaje había sido una de sus mejores ideas, aunque al decidirlo no supiera que acabarían así. Sin embargo, no podía negar que lo deseaba.

Casi desde el momento en que ella entró por primera vez en el despacho, había comenzado a imaginar situaciones en las que acababan como estaban en aquellos momentos. Sabía que era peligroso y que no debía ocurrir.

Pero había ocurrido, y no lo lamentaba ni le preocupaban las consecuencias. Lo único que deseaba era continuar besándola y acariciándola y hacerle el amor toda la noche.

Y si ella tenía la intención de enviarlo de vuelta a la otra cama después de haber quedado satisfecha, lo único que tenía que hacer era tenerla ocupada y cegada por la pasión de modo que perdiera la noción del tiempo. Se quedaría a dormir con ella.

Le acarició los hombros, los brazos y la espalda mientras sus lenguas seguían unidas. Podría pasarse la vida besándola sin

aburrirse. Pero había mucho más que deseaba hacerle.

Separó su boca de la de ella lo justo para mordisquearle la comisura de los labios. Después siguió la línea de la barbilla hasta llegar a la garganta. Ella echó la cabeza hacia atrás y él le lamió el cuello.

Se volvió a situar encima de ella. Lily volvió a enlazar las piernas en sus caderas. Él gimió de deseo.

Ella le acarició los bíceps mientras él se concentraba en sus hermosos senos. Le atraían los pezones: eran como pequeñas cerezas prietas sobre la blanda carne. Los pellizcó y acarició mientras con los labios trazaba un círculo en cada uno de ellos.

Debajo de él, Lily se retorció de impaciencia y gemía. Él le besó y lamió los senos tratando de hacerlo por igual con los dos hasta que la presión húmeda de ella contra su casi dolorosa excitación aumentó hasta tal punto que tuvo que prestarle atención.

Alzó la cabeza y le dio un rápido beso en la boca.

–Hay tantas cosas que quiero hacerte... –murmuró mientras le acariciaba la cara–. Querría estarme mucho tiempo acariciándote, aprendiéndome cada centímetro de tu cuerpo. Pero eso tendrá que esperar, porque ahora te deseo demasiado.

La agarró por las caderas y la rozó con la punta de su erección para hacer hincapié en lo que le había dicho. Ella se arqueó para aumentar el contacto. Él suspiró mientras cerraba los ojos y rogaba no terminar de prisa y satisfacerla.

Le encantó que ella le agarrara de las nalgas y levantara el torso para morderle la barbilla.

–Me gusta la rapidez cuando es la primera vez. La lentitud está sobrevalorada.

Él rio al tiempo que se felicitaba por su suerte. La abrazó y la volvió a besar, y sus bocas se fundieron como pretendía que se fundieran sus cuerpos.

La agarró por la parte exterior del muslo y le subió más la pierna que tenía sobre la cadera para que ella se abriera más. A continuación situó su excitada masculinidad justo enfrente de la hendidura. Contuvo la respiración al notar que la humedad femenina lo envolvía como si no tuviera la fina capa de látex del condón.

Si se sentía así, tan cerca del final, simplemente apoyándose en ella de forma tan íntima, ¿qué pasaría cuando la penetrara?, ¿cuando estuviera completamente dentro y las paredes femeninas se apretaran en torno a él? Casi le daba miedo averiguarlo, pero se imaginó que perdería la conciencia.

Lillian le metió los dedos en el pelo y le obligó a acercar la boca a la suya. Se retorció con impaciencia contra él, invitándolo, demostrándole claramente lo que deseaba.

Le mordisqueó los labios y murmuró:

–Deja de provocarme, Nigel, y hazlo.

Él se hubiera echado a reír si no estuviera tan desesperado como ella. Deslizó la mano entre sus cuerpos y la excitó hasta hacerla gemir, pero solo para comprobar que estaba lista.

Apretó los dientes, buscó el centro femenino y empujó.

Ella estaba tensa y caliente, pero lo acogió de buena gana, centímetro a centímetro. La respiración jadeante de ambos y sus gemidos resonaron en la habitación mientras él se hundía en ella.

Se adaptó a él como un cálido guante de seda. Nigel pensó que podría pasarse así toda la noche, si no estuviera desesperado por moverse impulsado por el deseo. Lillian le mordisqueó el lóbulo de la oreja, y la forma en que dijo su nombre suspirando le indicó que ella sentía lo mismo.

Se echó hacia atrás y luego hacia delante con movimientos lentos y regulares que le produjeron un placer exquisito a pesar de que sentía crecer el impulso a embestirla más deprisa y con más fuerza.

Gimiendo en su oído, ella cerró los brazos en torno a su cuello y las piernas en torno a sus caderas. Los senos femeninos se frotaron contra su pecho, animándolo a seguir.

–Nigel –murmuró.

El sonido de su nombre en los labios de ella lo llenó de placer.

–Por favor –le rogó mientras inclinaba las caderas para que la penetrara aún más.

Él gimió y la agarró por las caderas y comenzó a moverse deprisa, con embestidas largas y lentas, seguidas de otras cortas y rápidas; y después al contrario: largas y rápidas, y cortas y lentas.

Con suerte, conseguiría controlar su orgasmo hasta que Lillian estuviera satisfecha.

Y entonces ella comenzó a dar sacudidas debajo de él y a arañarle la espalda mientras gritaba su nombre y una letanía de síes.

A punto de explotar, él se unió en silencio al coro de sus exclamaciones. Sus músculos se tensaron y se puso rígido. Deslizó una mano entre los cuerpos de ambos y buscó con los dedos entre los rizos femeninos hasta hallar el pequeño capullo de placer allí escondido.

Cuando lo tocó, Lillian echó la cabeza hacia atrás y gritó. Nigel se hundió más en ella, una y otra vez, queriendo prolongar el éxtasis.

Lanzando un gemido, se puso rígido dentro de ella y la embistió una última vez mientras el éxtasis explotaba en su cabeza y se extendía por todo su ser.

Pasaron unos largos y silenciosos instantes mientras ambos trataban de recuperar el ritmo de la respiración. Cubiertos de sudor, sus cuerpos unidos rodaron hacia un lado.

Él tenía un brazo alrededor de ella, y ella, una pierna en su cadera. Él sonrió y le apartó un mechón de pelo que tenía en los labios.

Al sentirlo, ella abrió los ojos y lo miró.

–Mmm... –ronroneó.

Nigel rio.

–Te he dejado sin habla.

Ella sonrió a su vez mientras volvía a cerrar los ojos.

Nigel supuso que se había quedado dormida, por lo que se apartó de ella y fue al servicio para tirar el preservativo y limpiarse. Volvió a la cama, se tumbó al lado de ella y la tomó en sus brazos.

Lily se acurrucó, apoyó la cabeza en su hombro y le puso la pierna encima del muslo. Él sintió que, sorprendentemente, volvía a excitarse. Pero más que el mero deseo, se sintió invadido de una satisfacción como nunca había experimentado tras una relación sexual ocasional y apresurada.

Desde el momento que la había conocido supo que Lillian era especial, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de

hasta qué punto. Le despertaba emociones que no recordaba haber sentido y le sugería ideas que nunca se había sentido inclinado a analizar.

Lillian se removió y entreabrió los ojos.

–He cambiado de opinión –dijo con voz soñolienta–. Puedes dormir conmigo.

Teniendo en cuenta que estaba a punto de hacerlo, Nigel no pudo evitar reírse.

–Vaya, gracias. Eres muy generosa.

–Lo soy –farfulló ella, y él notó que esa vez sí se estaba quedando dormida.

La besó en la frente y esperó a oírla respirar de forma regular.

–Eso espero –murmuró–. De verdad que lo espero.

Capítulo Once

A la mañana siguiente se despertaron justo a tiempo.

Habían hecho el amor una, dos veces... había perdido la cuenta a la tercera. Y eso no incluía el tiempo que él la había despertado lamiéndola y dándole placer con la boca; ni el que ella lo había despertado para devolverle el favor.

Por eso era un milagro que se hubieran levantado y estuvieran de camino hacia el desfile, que comenzaría en menos de dos horas, y que no parecieran muertos vivientes.

Él llevaba un traje marrón con camisa y sin corbata. Había tardado veinte minutos en ducharse y prepararse.

Lillian había tardado algo más, pero, a juzgar por los resultados, había empleado bien el tiempo. Se había recogido el pelo en una cola de caballo; se había maquillado un poco, pero no se notaba que no había descansado; y se había puesto un vestido corto con flores que, desde luego, no procedía de Ashdown Abbey, pero que se adecuaba a la perfección al sol de Miami. Estaba para comérsela.

Nigel deseó poder saltarse el desfile, volver al hotel y hacer justamente eso: comérsela. Tuvo que sermonearse y regañarse para no decirle al chófer que diera media vuelta.

Al fin y al cabo era el presidente de Ashdown Abbey y debía estar allí. Y teniendo en cuenta lo disgustado que estaba su padre con el rendimiento de la empresa en Estados Unidos, Nigel dudaba que se pusiera muy contento al saber que su hijo había desperdiciado una gran ocasión para pasar el día con su nueva y encantadora secretaria.

Pero, a pesar de todo, era lo que quería hacer. La había tomado de la mano al bajar en el ascensor y ella no lo había rechazado. Habían seguido agarrados hasta llegar a la limusina y también

dentro de ella. Y ella se había sentado mucho más cerca de él que la noche anterior.

Llegaron al lugar donde se celebraría el desfile y se pusieron en la cola de vehículos que dejaban a los pasajeros. Se veía a mucha gente entrando en la gigantesca carpa en la que tendría lugar el desfile. La limusina fue avanzando lentamente hasta llegar a la cabeza de la cola. Entonces, el chófer se bajó y les abrió la puerta para que desmontaran.

Nigel lo hizo primero y ayudó a Lillian a bajar, sin dejar que se alejase cuando las cámaras comenzaron a disparar a su alrededor. El desfile de ese día no era un evento de alfombra roja, pero había un número suficiente de diseñadores conocidos y personas famosas para atraer a los *paparazzi* y los medios de comunicación.

Nigel sonrió, asintió y desempeñó su papel mientras guiaba a Lillian entre la multitud con una mano en la espalda. Tuvo cuidado de no tocarla en ningún otro sitio ni de dar indicios al público de la verdadera naturaleza de su relación.

Tardaron un siglo en llegar a la carpa, pues tuvieron que detenerse cada poco para saludar o hablar con gente que Nigel conocía o con gente que quería conocerlo. Por fin llegaron a sus asientos, cerca de la pasarela.

Antes de sentarse, Nigel le tomó la mano a Lillian y se inclinó para susurrarle:

–Tengo que ir entre bastidores a ver cómo van los preparativos. ¿Quieres venir conmigo o prefieres quedarte?

Ella le apretó la mano con fuerza y se mostró más emocionada de lo que hubiera esperado. Le brillaban los ojos.

–Prefiero ir, si te parece bien.

Buscaron la entrada a la parte de atrás del escenario, que parecía un manicomio de gente corriendo de acá para allá, chillando, llamando, tratando de oír y de ser oída por encima del sonido de las otras voces.

Nigel sabía más o menos dónde estaría el personal de Ashdown Abbey, y hacia allí se encaminó. Cuando llegaron, las modelos se hallaban en diferentes estadios de peinado, maquillaje y vestido.

En el centro se hallaba Michael Franklin, el jefe del equipo de diseñadores, que daba instrucciones, señalaba en una u otra dirección y controlaba que todos estuvieran trabajando. Aunque pareciera que la actividad era frenética, Nigel sabía por otros desfiles que se trataba de un caos controlado y que, cuando todo estuviera listo y comenzara el desfile, Michael y los demás se sentarían y afirmarían que todo había salido a la perfección.

Cuando el diseñador divisó a Nigel y Lillian, bajó los brazos, respiró hondo y sonrió.

«Es el momento de aparentar seguridad para que lo vea el jefe», pensó Nigel, divertido.

Aunque no se había alarmado por lo que contemplaba. Su experiencia le indicaba que lo que sucedía entre bastidores era normal, y Michael Franklin era capaz de coordinar las diferentes fases de la preparación.

–Señor Stratham –Franklin lo saludó y le estrechó la mano.

Nigel lo saludó a su vez y le volvió a presentar a Lillian antes de preguntarle cómo iba todo.

–Bien, muy bien –respondió Michael– aunque nos falta una modelo –añadió mirando alrededor por si estaba entre quienes los rodeaban–. Seguro que llegará, pero si no se presenta, aplazaremos la presentación del vestido color champán. Tenemos accesorios especiales para él, ya que es el último que desfilará.

Nigel hizo un mohín dudando si manifestar la idea que se le acababa de ocurrir, muy brillante en su opinión, aunque no tenía la certeza de que a Michael o a Lillian fuera a gustarles.

Al ver que fruncía el ceño, Michael creyó que estaba enojado y se apresuró a tranquilizarlo.

–No se preocupe, señor Stratham, todo está controlado. Si no viene la modelo, buscaremos a otra. Si hace falta, saldré yo mismo a lucir el vestido.

–En realidad –dijo Nigel, pensando que Lillian no se atrevería a darle una bofetada delante de todo el mundo– se me ha ocurrido una idea –se volvió hacia Lillian y la tomó del brazo–. ¿Por qué no sustituyes tú a la modelo?

Ella lo miró con los ojos como platos. Se había puesto muy pálida.

–¿Cómo? No seas ridículo.

–¿Qué tiene de ridículo? Eres hermosa, desenvuelta y muy capaz. Y los dos sabemos que estás preciosa con ese vestido. Me parece la solución ideal.

Antes de que ella pudiera replicarle, Nigel se dirigió a Michael.

–Mándala a que la peinen y la maquillen y vístela. Asegúrate de que tenga un aspecto magnífico para que sea el broche de oro del desfile.

–Nigel... –ella negó con la cabeza. Parecía al borde de un ataque de pánico.

Él se inclinó y la besó en la mejilla.

–Todo saldrá bien –le aseguró–. Estarás maravillosa.

Al ver que no parecía convencida añadió:

–Por favor, necesitamos que nos ayudes.

Ella oyó suspirar, supo que estaba a punto de acceder y no le dio tiempo a que cambiara de opinión.

–Ve –le ordenó empujándola hacia Franklin, que no tardó en agarrarla del brazo y llevársela para prepararla.

Con una sonrisa en el rostro, volvió a su asiento a esperar lo que creía que sería el mejor desfile de su vida, y no desde el punto de vista profesional.

Horas después, Lily seguía temblando. En su vida había estado tan nerviosa, ni siquiera el primer día que trabajó como secretaria de Nigel.

¿En qué estaba pensando su jefe? No era modelo, sino diseñadora. Su lugar estaba al otro lado de la pasarela, fuera de los focos, no en la pasarela desfilando con cientos de ojos clavados en ella.

Nigel no lo sabía, por supuesto, pero eso no le daba derecho a vestirla y sacarla a desfilarse sin habérselo consultado antes.

Había superado la prueba, incluso creía que había hecho un trabajo excepcional. Por lo menos no se había desmayado, sino que había recorrido la pasarela de un extremo al otro sin caerse encima de los espectadores.

Pero ¿y si alguien la había reconocido? Mucha gente la conocía como Lily Zaccaro. Aunque llevara el pelo más oscuro y se hubiera maquillado más de lo habitual para el desfile, era indudable que alguien se fijaría en ella y se preguntaría qué hacía desfilando para la competencia.

Si tenía suerte, la llamarían al móvil para preguntarle qué sucedía. Pero lo más probable era que la llamaran a su casa y hablaran con Juliet o Zoe. Sus hermanas no sabrían qué decir, pero sumarían dos y dos, la localizarían en Los Ángeles y se descubriría la estratagema.

Nigel se pondría furioso, y con motivo. Pero lo peor era que la echarían a patadas de Ashdown Abbey antes de haber averiguado quién le había robado los diseños.

¿Cómo se había metido en aquel lío?

Con las manos, trató de deshacer el peinado que había lucido en la pasarela para que el cabello le cayera de forma natural. Se había quitado el vestido del desfile y vuelto a poner el vestido veraniego que llevaba al llegar.

En cambio, el maquillaje tendría que dejárselo hasta que volviera al hotel y pudiera usar algodón y al menos un litro de leche desmaquilladora para quitárselo.

Estaba a punto de apartarse del espejo de cuerpo entero para salir de allí cuando unas manos la tomaron por la cintura y sintió que unos labios cálidos la besaban en el cuello. Por el espejo vio a Nigel detrás de ella.

–Has estado maravillosa –le susurró al oído–. Lo sabía.

Se separó de ella antes de que alguien se fijara en la familiaridad con que trataba a quien se suponía que simplemente era su secretaria y añadió:

–Al final, la modelo no se ha presentado, así que gracias por salvar el desfile.

–No hay de qué –contestó ella casi de mala gana. Después se volvió hacia él y cruzó los brazos con aire enfadado–. Podías haberme preguntado si quería jugar a las modelos antes de obligarme a salir contra mi voluntad. ¿Te haces una idea de lo aterrorizada que me sentía? Has tenido suerte de que no vomitara

en uno de los vestidos ni me desmayara en medio de la pasarela y estropeará el espectáculo.

Para su sorpresa, él se echó a reír al verla enfadada.

–Tonterías. Has estado excepcional. Y no creo que nadie hubiera estado más hermosa que tú, ni siquiera una modelo profesional.

A pesar de que ella quería seguir enfadada, sus elogios estaban surtiendo efecto. Estaba contenta de haberle sido de ayuda cuando la había necesitado y de que a él le hubiera gustado su actuación.

Pero eso no alteraba el hecho de que estaba metida en un lío. No había sido muy acertado haber dormido juntos la noche anterior, pero deseaba volver a hacerlo.

Además debía preocuparse por si alguien la reconocía y se daba cuenta de que tenía una doble identidad, y por si Nigel se enteraba de lo que se proponía y la detestaba para siempre.

El corazón le dio un vuelco. Aunque le estuviera mintiendo, aunque lo que había entre ellos fuera ocasional y de escasa duración, la idea de que descubriera quién era ella en realidad, lo que había estado haciendo al fingir que era su secretaria, casi le llenó los ojos de lágrimas.

Podía soportar que su aventura romántica estuviera condenada al fracaso, pero ver en la mirada de Nigel que se sentía traicionado, y probablemente asqueado, después de lo que habían compartido... No, no quería que su relación acabara así.

Eso implicaba que debería extremar las precauciones a partir de ese momento y, para protegerse, no establecer más vínculos con él. No dejar que la afectara en el plano emocional.

De todos modos, lo más importante era volver a las oficinas de Ashdown Abbey en Los Ángeles y averiguar de una vez por todas quién le había robado sus diseños para la colección California.

Sin darse cuenta del rumbo que habían tomado sus pensamientos, Nigel le acarició los brazos desnudos y entrelazó sus dedos con los de ella.

–Si estás lista, podemos irnos. Tendremos que intercambiar cumplidos al abrirnos paso entre la multitud que hay fuera, pero el coche nos espera para llevarnos al hotel.

–¿No tienes que quedarte un rato a hablar con tus clientes?

–Ya lo he hecho. He hablado con algunos compradores al acabar el desfile, mientras te cambiabas, y he repartido tarjetas entre quienes pueden estar interesados en comprar nuestros diseños. Me llamarán al despacho el lunes.

–¡Qué rapidez! Creí que tendrías que quedarte el resto del día.

Él sonrió.

–A veces debo hacerlo. Pero, en la mayoría de los casos, estos eventos se prolongan para que disfrute el público. Quienes formamos parte de la industria ya nos conocemos, nos buscamos y vamos al grano. Además –susurró– no quiero quedarme a socializar con desconocidos cuando puedo pasar el resto del tiempo que nos queda en Miami a solas contigo.

Una oleada de deseo invadió a Lily. Contuvo la respiración y se pasó la lengua por los labios.

–Entonces, ¿volveremos pronto a Los Ángeles?

–Mañana, lo que nos deja el resto del día para disfrutar del sol y la arena.

Ella ladeo la cabeza y le dedicó una medio sonrisa.

–¿Para disfrutar del sol y la arena o de la suite en el hotel?

Él le devolvió la sonrisa y le guiño un ojo con malicia.

–Te dejo que elijas, pero ya sabes lo que deseo.

Ella negó con la cabeza mientras reía, incapaz de resistirse a su encanto.

Y aunque no fuera la decisión más acertada, dada la situación en que se hallaba, quería pasar la noche con él. Otra noche, los dos solos.

Era consciente de que eso contribuiría a aumentar el engaño y le haría más difícil separarse de Nigel, pero deseaba estar a solas con él el máximo tiempo posible. Serían minutos secretos, horas de intimidad y preciados recuerdos que guardaría toda la vida.

Aunque no tuviera futuro con Nigel, dado que le había mentido desde el principio, podía tener aquellos momentos, aquella noche. Y si solo podía aspirar a eso, iba a aferrarse a ello con ambas manos y a disfrutarlo.

–De acuerdo –afirmó ella lentamente–. Llévame a comer y después te diré lo que quiero hacer.

Él la miró dándole a entender que haría todo lo que estuviera en su mano para que tomara la decisión correcta, la de volver directamente al hotel para acabar desnudos, sudando y abrazados.

Ella se estremeció ante las imágenes que le desfilaban por la mente. Claro que acabarían así, pero a él no le vendría mal sufrir un poco ante la incertidumbre.

Nigel le ofreció el brazo y ella lo tomó. Cuando echaron a andar, él dijo:

–Me parece bien, pero recuerda que aún no he disfrutado de todo el tiempo que me corresponde en la cama grande de la suite. Sería una pena volver a casa sin haberle dado el uso adecuado.

Lily se mordió los labios para no soltar una carcajada. Parecía que ya había comenzado la campaña para pasar el resto del tiempo que les quedaba en Miami encerrados en la suite. Aunque no sabía por qué debían circunscribir sus actividades a la cama, por la que Nigel parecía tan preocupado. Al fin y al cabo, también estaban el sofá, el escritorio, la terraza, la ducha, el tocador...

Se apoyó en él sin importarle que alguien los viera y se diera cuenta de que entre ellos había algo más que una mera relación entre jefe y secretaria, y dijo:

–Lo tendré en cuenta.

El sofá, el escritorio, la cómoda, la ducha y la cama. Lo hicieron en todos lados, al menos en parte, salvo en la terraza, antes de dejar el hotel el domingo por la mañana para tomar el avión de vuelta a Los Ángeles.

Lily sabía lo peligroso que era dejarse llevar por Nigel y se lo había reprochado varias veces, mientras se hallaban recluidos en la suite, el estar haciendo lo que no debieran. Pero no podía evitarlo, por lo que decidió adoptar la actitud de no preguntarse por qué dejaba que las cosas continuaran de aquel modo, cuando sabía cómo acabarían, y de no reprocharse más tarde el haber sido una estúpida al consentir que se le fueran de las manos sus sentimientos por Nigel.

Por eso accedió finalmente a pedir al servicio de habitaciones que les subiera la comida, en vez de ir a un restaurante. Y por eso dejó que Nigel se sentara muy cerca de ella en el vuelo de vuelta y que mezclara el trabajo con murmullos sobre lo que más le había gustado de lo que habían hecho y lo que le gustaría que hicieran en el futuro, no en un futuro lejano, sino en cuanto aterrizaran.

Aunque Lily trató de resistirse, dejó que la convenciera de que lo acompañara a su casa desde el aeropuerto. Era una idea terrible, ya que así cavaría más hondo el agujero en que se había metido, un agujero de arenas movedizas que amenazaba con engullirla.

Pero había algo en los dedos de Nigel deslizándose por su muslo desnudo justo debajo del dobladillo de la falda, en su aliento rozándole la oreja. Revivía muchos recuerdos del tiempo que habían pasado encerrados en la suite del hotel y deseaba más.

Así que dejó que la convenciera, que la llevara del jet al Bentley que lo esperaba y que la condujera a su casa.

Se esperaba una mansión en Beverly Hills, con piscina, bolera y cosas por el estilo. En su lugar, un portero les abrió la puerta de un bonito edificio de ladrillo, no lejos de las oficinas de Ashdown Abbey. El piso de Nigel era el ático.

La vista era espectacular, al igual que la distribución y el mobiliario. Le explicó que lo había alquilado así y que era perfecto para él.

Le dio diez minutos para que observara lo que había a su alrededor mientras el chófer subía el equipaje y él servía unas copas de vino. Después la condujo al dormitorio, donde le ofreció una visita guiada a su enorme cama, las sábanas de seda y la pintura blanca del techo por encima de ellos.

Él la hubiera tenido allí durante horas, y a ella no le habría importado.

Cuando Lily comenzó a decir que debía irse a casa, él insistió en que se quedara a cenar. Ella se negó hasta que él se ofreció a cocinar. Era algo que tenía ganas de ver.

Por desgracia también tuvo que comerse lo que él cocinó con una sonrisa en los labios, ya que no tuvo el valor de decirle que sus habilidades culinarias necesitaban mejorar.

Después de cenar, él volvió a seducirla y, demasiado cansada para protestar, se quedó a dormir con él. Por la mañana tenían que ir a la oficina.

Por suerte, Lily tenía ropa de sobra en la maleta.

Nigel la dejó a dos manzanas antes de las oficinas de Ashdown Abbey para que pareciera que llegaba sola. La siguió unos minutos después.

A partir de aquel momento y en los días siguientes, tontearon en el despacho intercambiando miradas ardientes incluso cuando no estaban solos. Y ella acabó prácticamente mudándose a casa de Nigel. Era cómodo y le resultó más fácil de lo esperado. Pasaban mucho tiempo juntos y ella se quedaba a dormir en su casa.

Lily comenzó a fantasear con la posibilidad de pasar el resto de su vida con Nigel, y cada vez estaba más cerca de enamorarse. Pero no lo estaba de descubrir al ladrón de sus diseños. Todo el tiempo que pasaba con Nigel no podía dedicarlo a investigar los archivos de Ashdown Abbey.

Al cabo de una semana de representar los papeles de jefe y secretaria que tenían una relación profesional y de pasar las noches como una pareja de excitados adolescentes, Lily se dio cuenta de que tenía que volver al buen camino.

Había tenido la suerte de que su desfile por la pasarela no hubiera tenido consecuencias. Parecía que a los medios de comunicación les interesaban más los modelos que quienes los lucían. El peinado y el excesivo maquillaje habían contribuido asimismo a que no la reconocieran.

Pero a pesar de no ser capaz de romper con Nigel por completo, se aclaró las ideas lo suficiente como para insistir en pasar la noche sola, en su piso.

Lily no se había llevado el teléfono móvil a Florida, sino el que Ashdown Abbey le había proporcionado para hacer su trabajo. Y se hallaba tan distraída por su imprevista estancia en el ático de Nigel que se había olvidado de agarrarlo la única vez que había estado en su casa. Seguía en la mesilla de noche, al lado de la cama, exactamente donde lo había dejado.

Cuando por fin llegó al piso, sola, y fue capaz de tomar aliento, aclararse las ideas y centrarse, lo encendió y observó que el buzón de voz estaba lleno de mensajes.

Como sospechaba lo que oiría, y de quién serían la mayor parte de ellos, a punto estuvo de no escucharlos, pero sabía que tenía que hacerlo. Se quitó los zapatos y deambuló por el salón recogiendo papeles, carpetas y cuadernos mientras los mensajes iban sonando.

Como era de esperar, había varios de su hermana Juliet.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no dices en la nota adónde vas? ¿Por qué no me devuelves las llamadas? Llámame, por favor. Nos tienes preocupadas.

Lily experimentó un gran sentimiento de culpa mientras la voz de su hermana se volvía más frenética.

Después había mensajes de Reid McCormack, el detective privado, que parecía furioso, aunque Lily no tenía idea de por qué. Al fin y al cabo trabajaba para ella. ¿No debiera ser ella la que estuviera enfadada por su falta de progresos, y no al revés?

Sus dos primeros mensajes eran educados; se limitaba a pedirle que lo pusiera al día o que lo informara de si había encontrado alguna relación entre Ashdown Abbey y el robo de sus diseños. Sin embargo, enseguida se transformaban en exigencias de que respondiera a sus llamadas y en amenazas de poner fin a su relación laboral si no les explicaba todo a sus hermanas.

Lily se frotó el entrecejo porque comenzaba a dolerle la cabeza. Se suponía que aquello debía haber sido muy sencillo, pero las cosas se habían complicado. Ella debía haber sido la única implicada, pero el asunto se había extendido y afectaba a otras personas, a las que quería y deseaba proteger.

Lanzó un suspiro y calculó la diferencia horaria entre la Costa Oeste y la Costa Este. Si esperaba un poco podría llamar a su casa en Nueva York y dejar un mensaje para sus hermanas cuando ninguna de las dos estuviera en casa, y así podría tranquilizarlas, sobre a todo a Juliet, decirles que estaba bien y que esperaba volver pronto, sin tener que explicarles dónde se hallaba ni lo que estaba haciendo.

Porque si Juliet o Zoe contestaban a su llamada, le harían innumerables preguntas, la someterían al tercer grado, sin que ella pudiera decirles la verdad. Aún no.

Eso la llevaba al siguiente y más importante elemento de la lista de cosas que debía hacer. Tenía que averiguar cómo Ashdown Abbey había copiado sus modelos para la colección California.

Dejó en la mesita frente al sofá toda la información que había recopilado hasta aquel momento de los anales de Ashdown Abbey, fue al dormitorio, se quitó el vestido que llevaba y se puso un cómodo pijama de algodón.

Volvió al salón, se preparó una cafetera, que supuso que sería la primera de varias, y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el sofá.

Teniendo en cuenta la investigación que había llevado a cabo y la información que había reunido, no entendía por qué no había conseguido averiguar quién era el ladrón. Tenía que estar allí, oculto y escondido de tal modo que se le escapaba. Creía tener la respuesta frente a ella. Si supiera dónde buscarla exactamente... o exactamente lo que buscaba.

Necesitaba otro par de ojos. A sus hermanas, al menos a Juliet, se les daría muy bien revisar todas aquellas páginas llenas de datos. Pero su intención era no implicarlas.

Otra excelente opción era el detective, pero Juliet se había puesto en contacto con él después que ella, por lo que el hombre se hallaba en un dilema, desde su punto de vista, aunque no desde el de Lily. De todos modos, explicaba la agresiva actitud de Reid McCormack.

Al pensar en él volvió a sentirse culpable.

«Vale, vale», se dijo para tranquilizar su conciencia. Agarró el móvil y marcó el número de la oficina del detective. Deseó que no estuviera, para dejarle un mensaje que escuchara cuando ella no se hallara al otro extremo de la línea y no pudiera descargar en ella su furia.

Por suerte, fue el buzón de voz el que recibió la llamada.

–Señor McCormack, soy Lily Zaccaro –dijo, y prosiguió rápidamente, sabiendo que no tenía mucho tiempo antes de que la comunicación se cortara–: Siento no haberme puesto en contacto

con usted. He recibido sus mensajes y le prometo que estoy a punto de acabar aquí. No voy a comunicar a mi hermana Juliet mi paradero, pero voy a llamarla y a decirle que estoy bien y que le explicaré todo al volver a Nueva York. Siento haberle causado problemas, pero le ruego que no diga nada a mis hermanas. Gracias.

Colgó. El corazón le latía a toda prisa. Esperaba haber dicho lo correcto, haber conseguido algo más de tiempo y que el enfado del detective hubiera disminuido.

Pensó en llamar a su hermana seguidamente, pero era domingo por la tarde y, aunque la tienda estaba abierta, era el día en que las tres libraban, por lo que probablemente Juliet y Zoe estuvieran en casa. Esperaría al día siguiente, cuando ambas estuvieran en la tienda y no pudieran responder al teléfono. El mensaje las estaría esperando cuando volvieran a casa y haría que se sintieran menos preocupadas por ella.

Una vez decidido, volvió a los papeles y las notas, examinándolos detenidamente, como ya había hecho varias veces. Y, sin embargo, algo se le escapaba ya que, de lo contrario, el misterio se habría resuelto.

Siguió examinándolos unas horas mientras bebía café para mantenerse despierta, organizándolos y volviéndolos a organizar, suspirando y volviendo a suspirar.

Estaba repasando los detalles de la colección California, memorandos, instrucciones, listas de proveedores y bocetos, cuando algo atrajo su atención. Se enderezó con el papel en la mano para acercárselo a los ojos.

Al final, en el extremo izquierdo, escrito en una letra más pequeña que la de una nota a pie de página, había un número o, mejor dicho, un código, mezcla de números y letras: COL_CA-47N6BL924.

Carecía de significado para ella, salvo el de servir para identificar la colección California. Y tal vez no hubiera llegado a verlo a no ser porque el cansancio le desdibujaba las letras.

Tomó la página siguiente y encontró lo mismo en la parte inferior izquierda. Y en las siguientes.

Se le aceleró el pulso. Aquello podía querer decir algo. No sabía el qué, desde luego, ni estaba segura de cómo averiguarlo.

Tuvo una corazonada. Se levantó de un salto y corrió hacia el portátil. Gracias a su puesto de secretaria del presidente de Ashdown Abbey, podía acceder al sistema informático de la empresa desde casa.

Cuando entró, tardó veinte o veinticinco minutos en encontrar algo remotamente parecido al código, y otros quince en descodificarlo.

Descubrió que era un identificador de los bocetos y de otros datos relacionados con la colección California. Y, milagrosamente, la condujo a una recopilación de los bocetos originales de la colección.

Eran más básicos que los que ya había examinado, hechos a mano con carboncillo y pinturas. Los aumentó de tamaño y los pasó uno a uno como si fueran una galería de fotos.

Se puso furiosa. Si los modelos finales se parecían a su trabajo, los esbozos originales eran un calco. Alguien le había robado sus creaciones y las había transformado en prendas más adecuadas al estilo de Ashdown Abbey.

Trató de calmarse y volver a centrarse. Comenzó a escudriñar cada detalle de los diseños e inmediatamente se dio cuenta de que todos estaban firmados con las mismas iniciales: IOL.

Frunció el entrecejo. Normalmente, en los equipos de diseñadores, a nadie se le reconocía que hubiera tenido la idea inicial, precisamente porque se trabajaba en equipo. Había sospechado que alguien había utilizado sus diseños a modo de sugerencia para la colección California, no que ese alguien hubiera presentado bocetos completos, prácticamente idénticos a los suyos, que se habían incorporado a la colección.

Parecía que se había equivocado desde el principio a la hora de orientar la investigación. Tuvo ganas de darse de cabezazos contra la pared, aunque reconoció que tipos como McCormack eran dignos de admiración, ya que se dedicaban a aquello para ganarse la vida.

Era evidente que estaba mejor encerrada en el estudio entre tejidos e hilos de todos los colores que jugando a los detectives.

Sin embargo, ya era tarde para abandonar. Había llegado demasiado lejos y, por fin, estaba a punto de desentrañar aquel feo

misterio.

Tecleó durante un par de minutos en el teclado del ordenador y halló la lista completa de empleados relacionados con la colección California, que comenzó a examinar, sin hallar a nadie con las iniciales IOL. Lanzó una maldición.

Los dientes le rechinaron debido a la frustración, tamborileó con los dedos en la mesita y pensó en cuál sería el paso siguiente.

¡Las nóminas!

Accedió a los archivos de Recursos Humanos y halló la nómina de todos los empleados de Ashdown Abbey, fuera cual fuera su puesto: desde Nigel, el presidente, hasta las personas que iban a limpiar las oficinas por la noche. Los examinó para ver si alguno coincidía con las tres iniciales que buscaba.

Había montones de apellidos que comenzaban por L y solo unos cuantos nombres que lo hacían por I. Pero siguió buscando al tiempo que contenía la respiración con la esperanza de que apareciera ante sus ojos el misterioso IOL.

Allí estaba. Soltó el aire mientras se le contraía el estómago y el corazón le latía a toda prisa.

Isabelle Olivia Landry: IOL.

Bella.

Lily se recostó en el borde del sofá. Estaba mortalmente pálida. ¿Bella? ¿La amiga de Zoe?

Lo había pensado al encontrarse con ella, pero no creyó que fuera posible.

¿De verdad había hecho Bella aquello a su amiga, a las hermanas de su amiga, a la empresa de su amiga?

¿Qué motivo había tenido para hacerlo? ¿Y cómo se las había arreglado?

Pero tenía lógica, desde luego. Cuanto más pensaba en ello, cuanto más recordaba, más cosas encajaban.

Bella y Zoe eran amigas, y Bella había visitado a su hermana recientemente. Se había alojado en su casa, había recorrido el estudio donde trabajaban en casa y el espacio donde trabajaban en la parte de atrás de la tienda. Estaba segura.

No podía echar la culpa a Zoe por haberle enseñado a su amiga dónde trabajaban. Tanto Lily como Juliet lo hacían con sus amigos: les mostraban su lugar de trabajo y los diseños que estaban preparando. Ninguna de ellas pensaría que un amigo les fuera a robar las ideas para presentarlas como suyas ni que fuera a venderlas a otro diseñador.

La traición era obra exclusiva de Bella. Pero Lily quería saber cómo lo había hecho y por qué.

¿Solo con un vistazo había memorizado todos los detalles o había robado literalmente los bocetos a sus espaldas para copiarlos?

Los ojos se le llenaron de lágrimas y apretó los puños. Estaba triste y furiosa a la vez, aliviada por haber resuelto el enigma, pero temerosa de lo que iba a pasar.

Tenía que enfrentarse con Bella, desde luego.

O tal vez no, tal vez debiera entregar las pruebas a la policía, o a Reid McCormack para que siguiera investigando y reuniera más pruebas contra Bella.

Y así podría llevar a juicio a alguien que había sido amiga íntima de su hermana. Solo de pensarlo le entraban ganas de vomitar.

Pero tenía que hacerlo. Había averiguado la verdad, pero la suya era una victoria hueca.

Sin embargo, era la razón por la que se había marchado de casa sin decir a sus hermanas adónde iba, y por eso Juliet se había preocupado tanto por su paradero; la razón por la que había ido a Los Ángeles y conseguido un empleo en una empresa de la competencia bajo nombre falso; por la que se había dejado llevar por sus sentimientos hacia Nigel y había iniciado una relación con él que acabaría mal, muy mal.

Si no tomaba medidas contra Bella por robarle los diseños, todo habría sido inútil.

¿No?

Capítulo Doce

Había cosas que el maquillaje no disimulaba, como las ojeras de Lily. No recordaba haber pasado una noche peor en su vida.

Se había pasado horas deambulando por el piso mordiéndose las uñas, pensando con desesperación qué debía hacer.

¿Enfrentarse a Bella ella sola?, ¿llamar a Reid McCormack para pedirle ayuda?, ¿volver a casa y contarle todo a sus hermanas? Tal vez hablarlo con ellas la ayudara a decidirse sobre qué hacer. Además, como Zoe era amiga de Bella merecía tener voz en aquel asunto.

Pero, con independencia de lo que hiciera con Bella y Modas Zaccaro, lo más difícil era decidir qué hacer con Nigel.

Le producía pánico pensarlo. A lo largo de la noche pensó muchas veces en volver a Nueva York sin decir nada ni a él ni a nadie de Ashdown Abbey. Y, de hecho, comenzó a hacer las maletas porque, hiciera lo que hiciera, volvería a casa muy pronto.

La idea de ver a Nigel de nuevo le producía miedo y emoción al mismo tiempo.

La odiaría, desde luego. Se pondría furioso antes de ordenar que la sacaran de allí como a una vulgar criminal. Y a Lily le estaría muy bien empleado.

El pulso se le fue acelerando a medida que se acercaba a su escritorio y al despacho de Nigel. Antes de salir de casa había vuelto a llamar a Reid McCormack. Al principio, él se había mostrado lacónico y enfadado. Pero su enfado desapareció cuando ella le explicó lo que realmente hacía en Los Ángeles y lo que había descubierto. Concertaron una cita la semana siguiente para que ella le llevara todo lo que tuviera al despacho, de modo que el detective pudiera echarle un vistazo. Después decidirían qué harían a continuación.

Luego había llamado a sus hermanas. En vez de el mensaje que pensaba dejarles antes de haber descubierto quién estaba detrás de los robos, les dijo dónde estaba y que volvería a casa en el plazo de unos días. Les aseguró que estaba bien y que se lo explicaría todo a la vuelta. Acabó el mensaje diciéndoles que tenían que hablar de muchas cosas.

¡Vaya si tenían! Solo esperaba que aquella situación no acabara provocando una ruptura entre ellas.

Después tomó el bolso y la carta que había estado escribiendo casi toda la noche. Camino del despacho de Nigel, la tinta debía de estar corriéndose, debido al sudor de la palma de su mano, y volviéndose ilegible.

Tragó saliva con fuerza, dejó el bolso en su escritorio y se dirigió al despacho de Nigel con la carta en la mano.

Temblando de pies a cabeza, alzó el brazo de mala gana y llamó a la puerta. Nigel contestó de inmediato diciéndole que entrara. Al oír su voz, ella se estremeció.

Abrió la puerta y entró. Cuando él la vio se le iluminó el rostro.

A Lily se le cayó el alma a los pies. Qué guapo era, qué encantador, masculino y seguro de sí mismo. Y últimamente había comenzado a mirarla como si ella pudiera llegar a significar algo para él.

Él, desde luego, significaba para ella mucho más de lo que en un principio se hubiera imaginado, teniendo en cuenta que creía que podía estar implicado en el robo de sus diseños.

Le partía el corazón pensar en dejarlo, en decirle quién era en realidad y por qué había trabajado para él.

Se había enamorado de un hombre que en cuestión de segundos solo sentiría desprecio por ella.

–Lillian –dijo él, y el sonido de su nombre, en sus labios estuvo a punto de llenarle los ojos de lágrimas.

Echó hacia atrás la silla y se levantó. La abrazó antes de que ella se diera cuenta y pudiera impedirlo y la besó en la mejilla y después en la boca.

La invadió una oleada de calor que estuvo a punto de anularle el pensamiento y apartarla de su resolución de decirle la verdad. No

pudo evitar besarlo, pero cerró los puños para no ponerle las manos en los hombros ni en el pelo.

No supo si él se había dado cuenta de su reticencia, ya que seguía sonriendo cuando se separaron, lo cual hizo que se sintiera aún más culpable.

Nigel le apartó un mechón del rostro y se lo colocó detrás de la oreja.

–¿Has venido temprano para jugar a ser una secretaria traviesa? No se me ocurre mejor forma de empezar la jornada, y con mucho gusto apartaré todos los papeles para que podamos utilizar el escritorio.

Lily se quedó sin aliento. Negó con la cabeza y se tragó las lágrimas.

Al ver su reacción, él entrecerró los ojos y se puso serio.

–Lillian –dijo mientras le tomaba la mano y se la apretaba ligeramente– no tienes buen aspecto. ¿Qué te pasa?

Ella carraspeó sin estar segura de ser capaz de decir lo que debía sin derrumbarse.

–¿Puedo hablar contigo? –preguntó con voz débil.

–Por supuesto.

Seguía agarrado a su mano y la condujo a una de las sillas que había frente al escritorio. Él se sentó en la otra después de haberla girado hacia ella.

–¿Qué te pasa? –repitió, preocupado.

Ella le entregó la carta esperando que no notara que estaba temblando.

–Es para ti.

Mientras él abría el sobre y sacaba la carta, ella se le adelantó porque sabía que si no le contaba todo antes de que él leyera su carta de dimisión no lo haría nunca.

–Te he mentado. Llevo fingiendo todo el tiempo. Me llamo Lily Zaccaro y soy dueña de Modas Zaccaro, en Nueva York. Vine a Los Ángeles y comencé a trabajar para ti porque alguien me había robado mis últimos diseños y los había utilizado para crear vuestra colección California. Probablemente debiera haber manejado este

asunto de otro modo. Lo siento –se apresuró a añadir antes de hacer una pausa para respirar.

–Sé que me odiarás por lo que he hecho, pero quiero que sepas que no he hecho nada que pueda perjudicarte a ti o a la empresa. He investigado únicamente para averiguar quién había tenido acceso a mis diseños que también hubiera intervenido en la colección California. No vine a espiarte ni a robar secretos de la empresa, ni nada parecido, te lo juro.

Parpadeó varias veces para evitar que las lágrimas se le derramaran y tragó saliva para deshacer el nudo que la emoción le había formado en la garganta.

La expresión de Nigel, que unos segundos antes era relajada y placentera, se había vuelto fría y dura al sentirse decepcionado y traicionado. Miró la carta que tenía en la mano como si no entendiera lo que estaba sucediendo. Ella no supo si no había oído lo que le había dicho o si lo había oído y no soportaba mirarla.

Permaneció inmóvil, temerosa de moverse, de respirar. Se limitó a esperar y a prepararse para la reacción de Nigel, por desagradable que fuese.

Él alzó la cabeza y la miró fijamente a los ojos. Lo que ella vio le atravesó el corazón como un puñal: dolor, confusión y traición.

–Te marchas –afirmó con voz monótona–. No eres quien decías ser y, como ya tienes lo que buscabas, te vas.

Ella no supo qué era peor: haber tenido que explicarle lo que había hecho u oírle resumirlo tan sucintamente.

Solo pudo asentir, llena de remordimientos.

–Sí.

Se produjo un doloroso silencio.

Nigel contrajo las mandíbulas. Dirigió la vista hacia un punto alejado de la habitación y se negó a volver a mirarla.

Pasó un minuto y después otro mientras ella se devanaba los sesos buscando algo que decir. Pero ¿qué más había que decir? Le había confesado quién era y por qué había fingido ser su secretaria. Cualquier cosa que añadiera para llenar el silencio solo empeoraría las cosas.

Por eso se mordió la lengua y se dispuso a escuchar los merecidos reproches de Nigel.

En lugar de eso, él se puso de pie, se sentó en su silla tras el escritorio y puso las manos en él.

–Vete –dijo por fin.

Lily se humedeció los labios, tragó saliva y deseó que el corazón le dejara de latir tan deprisa. Abrió la boca para hablar, aunque no sabía lo que iba a decir, pero él se lo impidió.

La taladró con la mirada y dijo con voz helada:

–Acepto tu dimisión. Ahora, vete.

No era lo que ella se esperaba. Creyó que se enfadaría y gritaría, que se sentiría herido y que le lanzaría horribles acusaciones. Aquella respuesta tranquila y resignada era mucho peor: desgarradora y definitiva.

Ella asintió con la cabeza y apretó los dientes para no emitir ni un solo sonido, sobre todo porque estaba a punto de sollozar.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Extendió una mano temblorosa y agarró el picaporte antes de volver la cabeza y decir:

–Lo siento, Nigel.

Sin esperar a que le respondiera, salió del despacho y fue hacia los ascensores a toda velocidad con las esperanzas de subirse en uno antes de derrumbarse.

Un mes después

Lily se hallaba detrás del mostrador de la tienda de Modas Zaccaro mirando los maniqués de porcelana que llevaban sus diseños; los bolsos de Juliet y los zapatos de Zoe; y a los clientes que daban vueltas por la tienda.

Dirigió la atención a la entrada de la tienda. Tal vez fuera hora de volver a cambiar el escaparate. Lo había hecho doce veces en las cuatro semanas anteriores, cuando normalmente lo hacía una vez al mes.

Sus hermanas pensaban que estaba mal de la cabeza. Zoe se lo había dicho unos días antes, cuando la alarma antiincendios había vuelto a saltar porque Lily había dejado algo cocinándose y se había olvidado de apagarlo.

Deseaba poder atribuirlo a la pasión creativa, que la distraía y la llevaba al borde de la psicosis. Daría lo que fuera por tener ideas nuevas sobre diseños y la necesidad de ponerlas en papel, porque de ese modo estaría despierta toda la noche trabajando.

Pero no era así. Desde que había vuelto de Los Ángeles solo había dibujado garabatos sin sentido que nada tenían que ver con la moda y había sido incapaz de ponerse a coser.

Su corazón estaba en otra parte: se le había quedado en Los Ángeles, con el presidente británico de una empresa que probablemente desearía no haberla conocido.

Sintió una opresión en el pecho al pensar en Nigel y en la expresión de su rostro cuando le había dicho que se marchara, que ya no era bienvenida en su despacho ni en su empresa ni en su vida.

No lo había dicho en voz alta, pero ella lo había oído con claridad.

En aquel asunto solo una persona había resultado herida, y agradecía que no hubieran sido más.

Al volver a Nueva York les contó todo a sus hermanas: que se había dado cuenta de que le habían copiado los diseños y que había elaborado un plan para atrapar al ladrón; y la desgraciada aventura que había tenido con Nigel. Y le había dicho a Zoe que la ladrona era su amiga Bella.

Como esperaba, Zoe se quedó destrozada, pero también se puso furiosa, y se sentía culpable por haber metido a Bella en su casa y en el estudio.

Pero Lily y Juliet no se lo echaron en cara, como tampoco sus hermanas reprocharon a Lily que se hubiera marchado a Los Ángeles en secreto y sin decirles nada de lo que tramaba.

Tras una larga y agotadora conversación que duró buena parte de la noche, las tres acordaron entregar la información y las pruebas que Lily había obtenido a Reid McCormack para que las investigara.

Si Reid consideraba que las acusaciones eran fundadas, y las tres sabían que acusaciones como aquellas sobre licencias creativas eran difíciles de probar, seguirían adelante, aunque eso supusiera llevar a juicio a Bella Landry.

A pesar de lo afectada que se estaba, denunciar a Bella era algo que Lily detestaría tener que hacer.

De todos modos, las heridas de su corazón cicatrizarían, y el sentimiento de culpa que experimentaba por haber traicionado y mentido al hombre al que quería acabar por desaparecer. Era lo que esperaba.

Sin embargo, sin el amor, el apoyo y el perdón de su familia no sería capaz de salir adelante, sobre todo del de sus hermanas, que eran también sus mejores amigas.

—¡Lily!

Lily se sobresaltó al escuchar su nombre en voz alta en el oído. Se volvió y vio que Zoe estaba a su lado y parecía muy enfadada. Con el ceño fruncido y los brazos en jarras, negó con la cabeza.

—Te juro que estos días estás hecha una inútil.

Después lanzó un suspiro y suavizó el tono de voz. Inclino la cabeza hacia su hermana y le dijo:

—Hay alguien que quiere hablar contigo.

Lily miró hacia donde lo hacía Zoe. El corazón se le detuvo al ver a Nigel al fondo de la sala. Examinaba las estanterías donde se exhibían los mejores y más caros zapatos que Zoe había diseñado.

Al volver a verlo, Lily contuvo el aliento. Se olvidó de tomar aire hasta que el pecho comenzó a arderle y la cabeza a darle vueltas.

—¿A qué esperas? —susurró su hermana.

Lily negó con la cabeza al tiempo que trataba de llevar saliva a su reseca garganta. Era incapaz de moverse. Se había quedado de piedra.

Zoe lanzó una exclamación de disgusto y le puso la mano en la espalda a su hermana para obligarla a salir de detrás del mostrador. A continuación la empujó ligeramente en la dirección adecuada.

—Ve —le ordenó en voz baja, y añadió—: Y esta vez no metas la pata.

Nigel vio por el rabillo del ojo que Lily se dirigía hacia él. Tuvo ganas de volverse, salvar la distancia que los separaba y abrazarla con todas sus fuerzas. Pero, en lugar de ello, se quedó donde estaba mientras trataba de controlar su expresión y de evitar que el corazón se le saliera del pecho.

¡Cuánto la había echado de menos! A pesar de lo enfadado que estaba con ella, a pesar de lo dolido que se sentía porque le hubiera mentido y hubiera fingido ser quien no era, echaba de menos verla, acariciarla, oír su risa, ver sus labios curvarse en una sonrisa...

Desde que se había marchado, cada día había deseado que volviera. Después se maldecía por ser tan débil y ridículo, por haberse dejado engañar con tanta facilidad por las artimañas de una mujer.

Y no era la primera vez, ya que parecía que había caído en los mismos errores con Lily que con Caroline.

Y, sin embargo, allí estaba. Había atravesado el país para volver a verla y obtener respuestas a las preguntas que no le había hecho, por estar furioso, antes de que ella se fuera de Ashdown Abbey y volviera a su verdadera vida en Nueva York.

El asunto era si sería capaz de hacérselas y esperar a que le respondiera sin abrazarla.

Cuando ella estaba ya muy cerca, se volvió a mirarla. Verla fue como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Si no se hubiera quedado sin respiración, el aire le hubiera salido como un soplo.

Cerró los puños tratando de que ella no notara reacción alguna por su parte, aunque, en su interior, una manada de caballos salvajes corría desbocada por sus venas.

Ella se detuvo muy cerca de él.

–Nigel –dijo con voz temblorosa–. Después se pasó la lengua por los labios con nerviosismo–. Quiero decir, señor Stratham.

Su vacilación calmó a Nigel, porque se dio cuenta de que estaba tan insegura como él ante aquella inesperada visita.

–Nigel está bien –respondió–. ¿Podemos hablar en privado?

Lily se volvió a pasar la lengua por los labios y miró a su alrededor.

Él observó que había unos cuantos clientes en la tienda y, detrás del mostrador, una mujer rubia que se parecía mucho a Lily y que lo miraba con curiosidad. Se preguntó si sería su hermana. Cuando sus miradas se encontraron, ella frunció el ceño. Era indudable que era su hermana.

Después de que Lily le hubiera confesado su verdadera identidad y que le había mentado, se había puesto furioso y estaba dispuesto a buscar la forma de hacer que pagara por haberlo engañado. Así que contrató a un detective privado para averiguar todo lo que fuera posible sobre ella.

Era de familia rica, pero había abierto la tienda en la que trabajaba sin ayuda de sus padres.

Tenía dos hermanas, una mayor y otra menor que ella, que eran socias del negocio. Entraron en él después de que Lily acabara sus estudios de diseño, pero parecían tener el mismo talento que ella.

La mayor, Juliet, diseñaba bolsos y otros accesorios; la menor, Zoe, diseñaba zapatos muy atractivos y modernos.

Lily diseñaba toda la línea de Modas Zaccaro, y lo hacía muy bien. Si Nigel hubiera sabido el talento que tenía antes de lo que había pasado, la hubiera contratado, ya que hubiera sido una gran baza para la empresa.

Y se había visto obligado a reconocer algo más, después de la investigación que el detective había llevado a cabo: Lily tenía razón en cuanto a que en Ashdown Abbey habían copiado sus diseños. Seguía sin estar del todo claro cómo había sucedido, pero Nigel había descubierto que había relación entre una de las empleadas de su empresa y una de las hermanas de Lily, así como la evidente semejanza entre la estética de Lily y la de la reciente colección California de Ashdown Abbey, por lo que estaba seguro de que no se trataba de una coincidencia.

Lily hizo un gesto con la cabeza para indicar que la siguiera y se dirigió al fondo de la tienda, donde había una puerta en que ponía: «Solo personal».

Al abrirla, Nigel observó que era en parte almacén y en parte taller. Había máquinas de coser, mesas, maniqués e instrumentos de trabajo, pero ninguna persona..

Nigel se volvió hacia Lily.

–¿Por qué has venido, Nigel?

Directa al grano. Y había recuperado parte de su seguridad habitual, que era una de las cosas que había admirado en ella desde un principio.

–Creo que tenemos que hablar –afirmó él con franqueza–. Te marchaste tan deprisa que no tuvimos tiempo de hablar de las razones que tenías para estar en Ashdown Abbey.

Lily fue a decir algo, pero él alzó la mano para detenerla.

–Sé que es culpa mía porque te dije que te marcharas. Estaba tan sorprendido y enfadado por tu confesión que no quise conocer toda la historia. Pero he tenido tiempo de calmarme y reflexionar, y tengo una serie de preguntas a las que solo tú puedes responder.

Ella tardó unos segundos en asentir.

–Muy bien. Siento mucho lo que hice... mentirte. Te diré lo que quieras saber.

Así de sencillo. De repente, él no supo qué decir. Llevaba semanas dando vueltas a las muchas preguntas que quería hacerle y, cuando la tenía delante, dispuesta a decirle lo que deseara, lo único que de verdad quería era acercarse a ella, abrazarla estrechamente y besarla hasta que el mundo desapareciera.

El silencio era casi ensordecedor. Ella lo miraba, esperando.

Él resopló al tiempo que se decía que debía hacer aquello para lo que había venido de tan lejos.

Pero, de nuevo, solo se le ocurrió un pensamiento. No fue el deseo de besarla, que seguía allí, sino la pregunta que más deseaba hacerle.

–El tiempo que estuvimos juntos en Florida –dijo con voz tensa de la emoción– y cuando volvimos a Los Ángeles... ¿significó algo para ti o formaba parte de tu estrategia?

Ella tardó varios segundos en responder. A Nigel, el corazón le latía con tanta fuerza que tuvo miedo de que ella lo oyera.

Por fin, ella entreabrió los labios. Tenía los ojos empañados y la voz quebrada al decir:

–Lo significó todo.

Nigel sintió un inmenso alivio... y muchas otras cosas.

–¡Oh, Nigel! –suspiró ella al tiempo que corría hacia él y lo agarraba de los brazos–. Siento mucho todo lo ocurrido. Solo trataba de averiguar lo que había pasado con mis diseños. Sabía que me los habían robado, pero no cómo ni quién lo había hecho. También sabía que me tacharían de loca si comenzaba a lanzar acusaciones sin tener pruebas. Solo quería curiosear un poco para ver qué podía descubrir. No era mi intención mentirte y mucho menos hacerte daño, te lo juro.

Negó con la cabeza y apartó la mirada durante unos segundos. Al volver a mirarlo, las lágrimas le corrían por las mejillas. Nigel tragó saliva para contener la emoción que le crecía en el pecho.

–Lo que ocurrió entre nosotros –prosiguió ella– no formaba parte del plan, pero no lo lamento. Mis sentimientos hacia ti fueron totalmente inesperados e hicieron que todo me resultara más difícil. Pero eran verdaderos.

Le soltó los brazos y dio un paso atrás. Se sentía mejor después de haberle dicho la verdad.

Tal vez él no sintiera lo mismo, pero no quería que creyera que se había acostado con él como un medio para conseguir sus fines, que lo había seducido para utilizarlo.

Se había quitado un peso de la conciencia al decirle la verdad, pero lamentaba haber tenido a Nigel tan poco tiempo y haberlo perdido por su estupidez.

Respiró hondo esperando su reacción. ¿Se reiría de ella? ¿Frunciría el ceño al ver que otra de sus secretarias se había enamorado de él?

A Lily no le sorprendería que todas lo hubieran hecho. Ella solo había trabajado unas semanas para él y estaba perdidamente enamorada.

Pero él no se burló ni frunció el ceño, sino que la siguió mirando a los ojos.

–Lo siento –se disculpó ella–. Supongo que he dicho más de lo que querías oír y que tienes más preguntas.

Él continuó mirándola sin decir nada durante unos segundos.

–Debo reconocer que me has decepcionado –dijo al fin.

A Lily se le cayó el alma a los pies. Le había abierto el corazón, había estado a punto de lanzarse a sus brazos y rogarle que la quisiera. Y él estaba decepcionado.

–¿Te he dicho que has sido la mejor secretaria que he tenido? Y resulta que eres diseñadora de moda. ¿Sabes lo que eso significa? Que tendré que volver a hacer entrevistas para encontrar una nueva secretaria.

Lanzó un suspiro y prosiguió.

–Supongo que es lo mejor, ya que los rumores se disparan cuando un jefe comienza a salir con sus secretaria. No estará tan mal considerado si somos rivales en el mundo del diseño.

Lily se había perdido. Lo que decía Nigel no tenía sentido.

–No te preocupes. No voy a contarle a nadie lo que ha habido entre nosotros.

–Pues alguien se lo imaginará cuando nos vea juntos.

Lily frunció el ceño, presa de confusión, que aumentó cuando él le sonrió con paciencia y amabilidad.

–Cuando entré tenía muchas preguntas, más de las que te imaginas, pero solo una me importaba. Y ya la has contestado.

Le acarició la mejilla. Ella sintió una oleada de placer ante aquel breve contacto. Él siguió hablando mientras la continuaba acariciando.

–Que conste que el tiempo que hemos pasado juntos también ha significado algo para mí. Ha sido la primera vez que he tenido una relación con una empleada de la empresa o con una de mis secretarias. Pero contigo... –negó con la cabeza al tiempo que sonreía–. No he podido resistirme.

Lily sintió que una risa incontenible se formaba en su interior y que tenía que darle salida.

La sonrisa de Nigel se hizo más ancha. Se inclinó y la besó. Ella lo abrazó durante varios minutos sin poderse creer que estuviera allí besándola, que tal vez tuvieran una oportunidad.

Nigel alzó la cabeza y dejó de besarla, pero sin soltarla.

–Me parece que me he enamorado de ti. Y me gustaría que empezáramos de nuevo, sin secretos ni mentiras ni motivos ocultos. Y sin falsas identidades, a pesar de lo adorable que estabas con esas gafas de bibliotecaria. ¿Estás dispuesta?

–¿Dispuesta? –repitió ella sin dar crédito a que estuviera enamorado de ella y a que le concediera una segunda oportunidad después de haberlo engañado.

Si era cierto que estaba enamorado de ella, Lily estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que la relación funcionara.

–No será fácil –dijo él con gravedad–. Trabajamos en extremos opuestos del país, pero, por suerte, dispongo del jet de la empresa, que puedo usar a mi antojo. Supongo que también se requerirán muchas cenas románticas a la luz de las velas y, probablemente, un montón de gestos románticos por mi parte: flores, joyas y fines de semana en lugares exóticos. Y se supone que tú tendrás que mostrar tu asombro a cada minuto ante cada uno de dichos gestos, hasta que te haya ganado para mi causa. ¿Crees que podrás con todo eso?

Lily se echó a reír.

–Lo intentaré.

–He pensado que podríamos juntar esfuerzos para averiguar cómo tus diseños acabaron en Ashdown Abbey. Ya he suspendido de empleo y sueldo a Bella Landry, pero no puedo despedirla sin pruebas. Niega la acusación, desde luego, pero estamos investigando. Y te aseguro que llegaremos al fondo del asunto.

–Gracias –murmuró conmovida por su interés.

–Me vendría bien que me ayudaras, ya que eres quien mejor conoce los diseños que fueron robados y cómo se emplearon en nuestra colección. Pero, te prevengo que eso implicará que estemos muchas horas los dos solos, probablemente hasta la madrugada, por lo que nos vencerá y desearemos acostarnos un rato.

Dicho esto, Nigel sonrió. Y ella volvió a reír.

–Lo tendré en cuenta.

–También he pensado que tal vez quisieras venir a Inglaterra conmigo. Mi padre lleva meses quejándose de que me he

ablandado y dejo que los americanos me digan cómo he de dirigir la empresa. Me gustaría que te conociera para que vea hasta qué punto estoy dispuesto a adoptar las costumbres americanas –sonrió con picardía–. Creo que le caerás muy bien. Y cuando sepa lo que has hecho para proteger tu empresa, estoy seguro de que te considerará una buena influencia.

Se detuvo unos segundos antes de continuar.

–¿Qué te parece? ¿Estás dispuesta a averiguar si somos tan compatible fuera de la oficina como cuando éramos jefe y secretaria? Y si sobrevives a una visita a mis padres, tal vez hablemos de la posibilidad de que nuestra relación sea más... permanente.

Diez minutos antes, Lily creía que la odiaba y que nunca sería feliz sin él.

Estaba tan contenta que se sentía dispuesta a acceder a casi todo, incluso a conocer a sus padres, lo cual le producía terror.

–De acuerdo. Además, te debo una.

Él la abrazó con más fuerza.

–Así es. Pero solo si me quieres tanto como yo a ti.

–Te quiero, Nigel, de verdad –afirmó ella emocionada–. Me resulta increíble que estés aquí diciéndome que sientes lo mismo. Así que te digo que sí.

Sí a todo, siempre que estuvieran juntos.

–Estupendo –afirmó él con la voz ronca de emoción. Carraspeó y prosiguió–: Aunque debes saber que no me opongo a que me vuelvas a utilizar, preferiblemente cuando estemos solos y desnudos.

–¿En serio? –preguntó ella mientras se imaginaba mil deliciosas travesuras.

–Pues creo que mi piso está vacío. Zoe está trabajando aquí y Juliet se ha tomado el día libre para salir con su novio. Estaremos completamente solos. Y desnudos, si quieres.

Los ojos de él brillaron con malicia.

–Espero que eso signifique que quieres volver a utilizarme, lenta y largamente.

–Creo que eso se puede solucionar –afirmó ella en voz baja. Se puso de puntillas y apretó los labios contra su mandíbula, cerca de la oreja–. Y luego puedes hacer tú lo mismo conmigo.

El la abrazó por la cintura, la levantó y se dirigió a la puerta sin dejar de besarla.

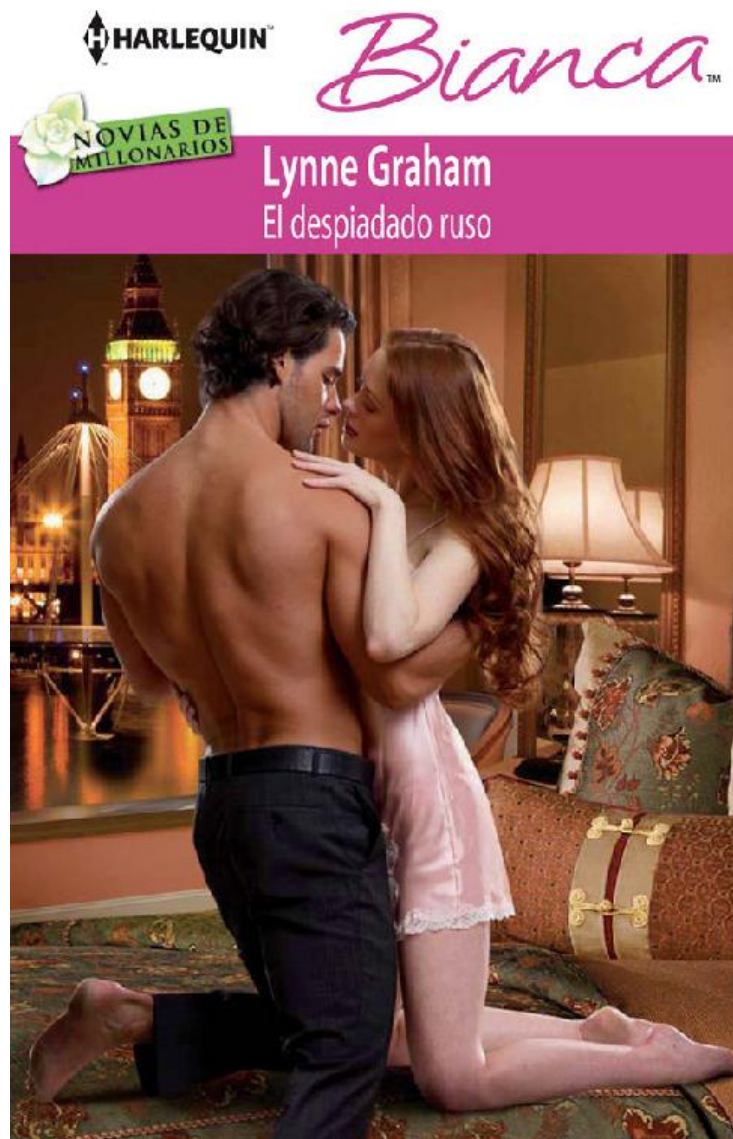
–La clave de una buena relación es el compromiso –murmuró–. Y compartir las cosas. Y sacrificarse por el otro.

–Y estar desnudos el mayor tiempo posible.

Él sonrió y la volvió a besar apasionadamente.

–Esa es mi parte preferida.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)